



**UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
ESCUELA DE POSTGRADO**

**LA SINGULARIDAD DE LOS APORTES CONSTRUCCIONISTAS PARA LA CLÍNICA SISTÉMICA**

**Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Clínica de Adultos, Enfoque Sistémico  
Relacional**

**BRUNO ANDRÉS VALLE PONCE**

**Profesor Guía:  
MARCELO BUSTOS BENOIS**

**Santiago de Chile, año 2015**

## **DEDICATORIAS**

*Le dedico este trabajo a mi querido, noble y admirable abuelo, Rodolfo Ponce Vásquez...  
¡noventa y ocho años de hermosas vivencias!*

## **AGRADECIMIENTOS**

- *Agradezco a mi querida madre, padre, polola y abuelo; sin ellos nada hubiese sido posible...*
- *Agradezco a mis estimados profesores, quienes se esforzaron, momento a momento, por construir y eruir este escrito...*
- *Agradezco a mi querida profesora, tutora y maestra, Angelina Pieper Chomón. Con ella conocí la pasión por esta profesión...*

## CONTENIDO

<b>1</b>	<b>Resumen</b> .....	1
<b>2</b>	<b>Abstract</b> .....	1
<b>3</b>	<b>Introducción</b> .....	3
3.1.1	La irrupción del pensamiento sistémico.....	3
3.1.2	El tránsito de la clínica sistémica: desde el representacionalismo hacia el antirrepresentacionalismo.....	7
3.1.3	Constructivismo y construccionismo social: disonancias epistemológicas.....	11
<b>4</b>	<b>Objetivos</b> .....	14
4.1.1	General.....	14
4.1.2	Específicos.....	14
<b>5</b>	<b>Relevancia</b> .....	15
<b>6</b>	<b>Estado del arte</b> .....	17
6.1.1	Representacionalismo y antirrepresentacionalismo: el espejo de la naturaleza se comienza a trizar.....	17
6.1.2	Los antecedentes teóricos del constructivismo y del construccionismo social: diluyendo la lógica de un continuo.....	22
6.1.3	La emergencia y la configuración del construccionismo social.....	36
6.1.4	Una mirada hacia la clínica sistémica.....	40
<b>7</b>	<b>Marco metodológico</b> .....	44
<b>8</b>	<b>Plan argumental</b> .....	46
<b>9</b>	<b>Las repercusiones clínicas: trascendiendo los vestigios modernos</b> .....	46
9.1.1	El yo y la mente dialógica.....	46
9.1.2	El mundo en el lenguaje.....	51
9.1.3	La enfermedad mental como construcción cultural.....	53
<b>10</b>	<b>La terapia</b> .....	57
10.1.1	La recuperación de lo local.....	57
10.1.2	La terapia: un proceso de generación de alternativas.....	61

10.1.3 El carácter sistémico: desde la relación hacia el lenguaje.....	66
<b>11 El proceso de fusión.....</b>	<b>69</b>
11.1.1 El mutismo ontológico del construccionismo social: la inexistencia de sólidos.....	69
11.1.2 Generatividad: la fusión de los sólidos.....	71
<b>12 Síntesis: confirmando un territorio y visualizando el horizonte.....</b>	<b>77</b>
<b>13 Referencias.....</b>	<b>83</b>

## **RESUMEN**

El presente estudio comprende la singularidad de los aportes construccionistas para la clínica sistémica, entendiendo por singular lo que es propio o característico de los aportes construccionistas. La clínica sistémica, en un inicio, operó mediante la noción representacionista del conocimiento, vale decir, concebía el conocimiento como un espejo del mundo y que, además, era aprehendido de un modo neutral. Sin embargo, la noción representacionista perdió legitimidad y dio paso a una postura epistemológica hermenéutica: una visión que entiende la vida como interpretación de sí misma y que reconoce que toda interpretación refiere a alguien que interpreta. El constructivismo y el construccionismo fueron fieles representantes de esta nueva postura, adoptando una posición antirrepresentacionista y postulando que el conocimiento se construye. No obstante, estas similitudes no los volvían homologables ni tampoco asimilables. Sin embargo, a menudo se los considera como partes de un continuo epistemológico, vale decir, suponen que, tanto el constructivismo como el construccionismo social, sitúan la construcción del conocimiento en el mismo terreno. A la vez, algunos autores dan a entender, erróneamente, que el construccionismo social respondió las interrogantes inconclusas del constructivismo, entendiendo el primero como una especie de añadidura o complementación. En vista de lo anterior, este estudio, además de exponer los aportes del construccionismo social, persigue la singularización de éstos mismos. En efecto, la singularización facilita la distinción del construccionismo social, le confiere un terreno propio, lo diferencia del constructivismo, aumenta la coherencia entre el hacer y el pensar la psicoterapia y, por ende, ayuda a reducir el creciente eclecticismo. El problema del eclecticismo es que, en su intento por conciliar lo mejor de las distintas teorías, pasa por alto las epistemologías subyacentes o, más precisamente, concierta teorías que difieren o que se contraponen en sus nociones de realidad.

## **ABSTRACT**

This study covers the singularity of the constructionist contributions for the systemic clinic, when “singular” understood as the particular or unique among the

constructionist contributions. The systemic clinic in their beginning worked through the depiction notion of the knowledge, in other words, understood the knowledge as a mirror to the world and learned as a neutral way. Besides, the depiction notion lost legitimacy and makes way to a hermeneutical and epistemological point of view, a vision that understand life as an interpretation of itself and recognizes every interpretation refers to somebody who interprets. Constructivism and constructionism were loyal representatives of this new point of view, adopting an anti-representationalist stance and posit that the knowledge is built. Anyways, those similarities didn't make both theories comparables not assimilables. Taking this in count, both theories are understood as a continuum, when both takes the constructivism and the social constructionism, places the knowledge building process in the same area or field. Some authors suggest –mistakenly– that the social constructionism answered the unfinished questions of the constructivism, understanding constructionism as an addendum or complement. In view of the above, this study, besides of exposing the contributions of the social constructionism, pretends the singularization of them both. The singularization eases the way to distinguish both ideas, gives a proper and own field, makes differences among them and raises the coherence between doing and thinking the psychotherapy, helping to reduce the raising eclecticism. The main problem about eclecticism is when is an attempt to reconcile the best concepts from different theories, it ignores the underlying epistemology or more precisely, it tries to concert theories contradicts between themselves or took the reality in different ways.

**Palabras Claves:** clínica sistémica, representacionalismo, antirrepresentacionalismo, constructivismo, construccinismo.

## INTRODUCCIÓN

### **La irrupción del pensamiento sistémico.**

El pensamiento científico tradicional, hasta la primera mitad del siglo XX, provenía de una tradición mecanicista, unidireccional y analítica (Bertalanffy, 1976). Sin embargo, diversos frentes objetaron esta concepción científica y dieron paso, de una u otra manera, a nuevas formas de entender la teorización y el quehacer científico. Por ejemplo, la “noción de *sistema*”, alrededor de los años cincuenta, conllevó la reorientación del pensamiento científico y la emergencia de un nuevo paradigma (Bertalanffy, 1976). ¿Pero qué quiere decir *sistema*? Para Bertalanffy (1976), el sistema es un complejo de elementos en interacción. Desde la perspectiva de Botella & Vilaregut (2012), el sistema es el “conjunto de elementos en interacción dinámica en el que el estado de cada elemento está determinado por el estado de cada uno de los demás que lo configuran” (p. 1). Concretamente, el pensamiento sistémico planteó que “existimos sólo dentro y a causa de una red de relaciones en la cual estamos inmersos...” (Bertrando, 2012, p. V). Así pues, la noción de *sistema* invadió “todos los campos de la ciencia y penetró en el pensamiento y el habla populares y en los medios de comunicación de masas” (Bertalanffy, 1976, p.1)

La psicología no fue la excepción a la regla, es más, algunas terapias, y sobre todo las terapia familiar, sentaron sus bases sobre la teoría general de sistemas, sobre la teoría de la comunicación humana —pragmática— y sobre la cibernética (Botella & Vilaregut, 2012). La teoría general de sistemas, por ejemplo, jugó un rol protagónico en la configuración de la clínica sistémica. Concretamente, esta teoría destaca el concepto de interacción, vale decir, entiende el sistema como un conjunto de elementos que interactúan entre sí, asumiendo que existe una interdependencia entre estos elementos y que, a la vez, es posible obtener un cambio a través de la reversibilidad (Bertalanffy, 1976).

Además, cada uno de estos elementos, aunque no lo parezca, encierra un sistema que puede ser visto como un subsistema. Más precisamente, estos elementos pueden ser considerados como un conjunto de partes e interrelaciones que operan al interior de sistemas mayores y que, por ende, poseen características propias (Bertalanffy, 1976). Así pues, la clínica sistémica, a partir de estas contribuciones, concibió la familia como un



conjunto de elementos en interacción y que se caracterizan por su interdependencia. Asimismo, los miembros de una familia, desde esta nueva perspectiva, eran vistos como subsistemas que operaban al interior de un sistema mayor.

La teoría de la comunicación humana, por su parte, planteó los cinco axiomas comunicativos. La clínica sistémica recogió estos aportes y los incluyó dentro su corpus conceptual y en su praxis terapéutica. Específicamente, el primer axioma subraya “la imposibilidad de no comunicar”, vale decir, toda conducta, en una situación de interacción, tiene un valor de mensaje —asumiendo que no existe la posibilidad de no conducta—. El segundo axioma recalca que toda comunicación tiene niveles de contenido y niveles de relación, de ahí que el último clasifica al primero y es, por ende, una metacomunicación. Más precisamente, toda comunicación posee, además del significado de las palabras, información sobre cómo quiere ser entendido el hablante, sobre cómo va a entender el mensaje el receptor y, por último, sobre cómo el hablante ve su relación con el receptor. Tercero, la “puntuación de secuencia de hechos” subraya la necesidad de tomar en cuenta a la totalidad de los hablantes, puesto que toda conducta influye y es influida por las conductas de los demás. Cuarto, existen dos formas para referirse a los objetos, el modo digital y el modo analógico. Camacho (2006) explica extensamente:

...se los puede representar [los objetos] mediante alguna cosa que represente al objeto representado, tal como un nombre o una palabra que hace alusión a una idea de un objeto dado; o mediante algún dibujo o símil que haga referencia a dicho objeto o idea. Estas dos posibilidades, dan lugar a dos tipos de comunicación que llamaremos digital y analógica respectivamente (...) La primera habitualmente es mediante una palabra que siempre es arbitraria. En cambio en la comunicación analógica existe cierta similitud entre lo referido y lo referente, entre la cosa a representar y la representación. (p. 10-11)

Finalmente, el último axioma recalca que los intercambios comunicacionales pueden ser simétricos o complementarios. Dicho de otro modo, las relaciones entre las

personas se caracterizan por ser intercambios igualitarios o aditivos. Así, se pueden dar dos modalidades basadas en la igualdad o en la diferencia. Más extensamente:

Una relación es complementaria cuando las dos personas se encuentran en condiciones de desigualdad, en el sentido de que uno parece estar en una posición dominante por haber dado comienzo a la acción y la otra parece seguir en esa dirección (...) En cambio, en las relaciones simétricas, las dos personas se conducen como si estuvieran en una condición de igualdad, cada una de ellas hace ostentación de tener el derecho de iniciar la acción, criticar a la otra, darle consejos, etc. Así pues, la relación simétrica se caracteriza por la igualdad o la diferencia mínima, mientras que la interacción complementaria está basada en un máximo de diferencia (Camacho, 2006, p. 12).

La cibernética, por último, es una disciplina que se encarga del estudio de los sistemas de control y comunicación. Esta disciplina, según Bateson (1972), presta atención a las formas y a los patrones de organización de los diferentes sistemas. Ahora bien, y para efectos de la clínica sistémica, esta disciplina permitió poner el acento sobre las pautas organizativas y sobre el modo en que operan las familias. En definitiva, y tal como señala Villarreal (2011), las terapias sistémicas surgieron a principios de la década de 1950 y se sustentaron, entre otras cosas, en los avances de la cibernética.

Así pues, una parte importante de las terapias, y sobre todo la terapia familiar, incluyeron el pensamiento sistémico como base teórica. En consecuencia, la clínica sistémica se fue configurando como un corpus conceptual y dio paso a una nueva forma de entender lo psicológico. No obstante, no es totalmente correcto pensar que la terapia sistémica creció sólo a partir de la cibernética o del pensamiento sistémico. Más bien, la terapia sistémica surgió del trabajo de psicoanalistas que sintieron la necesidad de ir más allá de su propia disciplina. Además, la sociedad moderna había evolucionado y los servicios psiquiátricos estaban cambiando (Bertrando, 2012). Más extensamente:

La cibernética encontró a la terapia familiar principalmente porque esta última podía verse como la manera perfecta de trabajar con problemas que hasta ese momento, se habían considerado sólo en su dimensión política (algo imposible durante la guerra fría) o en un marco estrictamente individual (no coherente con el enfoque comunicacional de la cibernética). Los terapeutas familiares, a su vez, sintieron una inmediata afinidad con la cibernética, porque proveía aquello que carecía la terapia familiar, es decir, un lenguaje que pudiera describir la interacción humana sin recurrir a los idiomas del psicoanálisis, psiquiatría o psicología clínica, todas empapadas de sus terminologías individuales (Bertrando, 2012, p. 9).

La clínica sistémica, en un comienzo, se vio influida por el famoso hipnotista Milton Erickson, quien le asignaba una importancia preponderante a la influencia — o más bien dicho al poder— y a la urgencia por el cambio en la terapia. Concretamente, se buscaba influir en las personas para obtener un efecto mucho más profundo (Bertrando, 2012). “Esto quizás se debe, entre otras razones, al pragmatismo básico de Erickson. Él no quería saber de regularidades o trazar reglas básicas: él quería obtener resultados, y los resultados tenían que ser los mejores para cada situación única” (Bertrando, 2012, p. 13).

Con respecto a la sintomatología, la clínica sistémica ya no visualizaba el síntoma como un conflicto del individuo, el cual se alojaba en su interior y debía ser disuelto. Al contrario, los síntomas, desde esta nueva perspectiva, eran vistos como “patologías de la relación”. Cinabal (2006) explica extensamente:

La persona [desde el enfoque sistémico] se encuentra inserta en un “sistema” siendo los miembros de ese sistema interdependientes. Por tanto, un cambio en un miembro afecta a todos los miembros del sistema. El síntoma tiene valor de conducta comunicativa; el síntoma es un fragmento de conducta que ejerce efectos profundos sobre todos los que rodean al paciente; el síntoma cumple la función de mantener en equilibrio el sistema. (p. 18)

Lynn Hoffman (1992), con respecto a lo anterior, señala que fue sumamente difícil dejar de poner el acento en los individuos, ya que, de una u otra forma, el síntoma siempre era visto como un desorden interno. Hoffman (1992) profundiza:

Si alguien veía a una persona con una aflicción psiquiátrica en una clínica, fácil le sería suponer que esa persona padecía un desorden intrapsíquico surgido de su pasado. Pero si se veía a la misma persona con su familia, en el marco de las relaciones diarias, se empezaba a ver algo totalmente distinto. Empezaban a verse las comunicaciones y comportamientos de todos los presentes, componiendo muchos "rizos" causales circulares que avanzaban y retrocedían, siendo el comportamiento de la persona afligida tan sólo una parte de una danza general recurrente. (p. 18)

### **El tránsito de la clínica sistémica: desde el representacionalismo hacia el antirrepresentacionalismo.**

Ahora bien, la primera etapa de la clínica sistémica se conoce como clínica sistémica de primer orden. Más precisamente, la clínica sistémica de primer orden consideraba que el terapeuta aún estaba dissociado de aquello que observaba (Villarreal 2011). Vale decir, el terapeuta, desde esta perspectiva, sería capaz de intervenir los sistemas de forma desapasionada y no se vería involucrado en aquello que observa.

Durante esta primera etapa surgieron algunas de distinciones que se volverían sumamente importantes, ya que le otorgaron un carácter distintivo y un lenguaje propio a la clínica sistémica. Por ejemplo, conceptos como entropía, neguentropía, familias funcionales o familias disfuncionales, se volvieron sumamente populares y lograron trascender las barreras de la propia clínica. Salvador Minuchin (1998), un fiel representante de este periodo, ejemplifica extensamente:

...una estructura familiar que podría ser adaptativa para un determinado tipo de familia, pudiera ser desadaptativa para otra. Un alto grado de

proximidad entre madre e hijo que podría ser disfuncional en una familia con dos padres, lo que resultaría en una marginación del padre, podría ser considerado perfectamente normal y funcional en una familia mixta en la cual madre e hijo compartan una historia que antecede a la relación de la madre y su nuevo esposo. La conducta de un abuelo podría verse como socavadora de la autoridad paterna en una familia nuclear de dos padres, pero podría ser perfectamente necesaria y útil en una familia de un solo padre o en un sistema familiar extenso. (p. 14)

A pesar de la revolución que comportó el pensamiento sistémico, la clínica sistémica de primer orden seguía alojada en la noción representacionalista del conocimiento. Esta metáfora visualiza el conocimiento como un espejo en el que se agrupan representaciones exactas de la naturaleza, de las cuales no se puede dudar de su exactitud (Rorty, 1983). Varela (2005), en concordancia con lo anterior, señala que “el supuesto más enraizado de nuestra tradición científica es: el mundo tal como lo experimentamos es independiente de quien lo conoce” (p. 96). En términos prácticos, el terapeuta sería capaz de representar los sistemas, podría intervenirlos de forma desapasionada y sería capaz de asumir una posición neutral. Camacho (2006) complementa:

La epistemología tradicional consideraba que la realidad tiene existencia independientemente de quien la observa. El pensamiento científico se basa en esta premisa, al considerar que la objetividad en la ciencia es fundamental y que por lo tanto las propiedades del observador no deben estar incluidas en la descripción de sus observaciones (p. 6).

En contraposición al representacionalismo, algunos enfoques sugirieron que “toda mirada sobre la realidad es un acto de selección, de construcción y de interpretación que se hace desde un sujeto en un contexto. Mirada que es anterior, y posterior, al trabajo de organización técnica de las unidades operacionales” (Brunet y Morell, 2001, p.2). Así pues, surgieron una serie de explicaciones antirrepresentacionalistas, según las cuales el conocimiento no consiste en la aprehensión de la verdadera realidad, sino en la forma de adquirir hábitos para hacer frente a la realidad (Rorty, 1996). En consecuencia, la noción

representacionista perdió legitimidad y dio paso a una nueva forma de entender el conocimiento.

Así también, emergió una nueva postura epistemológica que entiende la vida como interpretación de sí misma y que reconoce que toda interpretación refiere a alguien que interpreta. Esta postura epistemológica, o también entendida como proceso de conocimiento, era de carácter hermenéutico porque resaltaba, a diferencia del representacionismo, el carácter interpretativo de la vida (Zlachevsky, 2012). El constructivismo y el construccionismo fueron fieles representantes de esta nueva postura epistemológica. Claro está, no fueron los únicos exponentes pero eran parte de la galaxia antirrepresentacionista. Con respecto a este punto, Gergen señala que “ambos movimientos [constructivismo y construccionismo] ponen en tela de juicio el enfoque del conocimiento como algo «edificado» en la mente a través de la observación desapasionada” (Gergen, 2009, p. 61). Con respecto a este punto, Agudelo y Estrada (2012) complementan:

...tanto el constructivismo como el construccionismo social son parte del amplio panorama de lo que se considera el pensamiento posmoderno, el cual introduce un nuevo modo de conocimiento crítico que se aparta de los lineamientos que sustentan el conocimiento en la modernidad, connotado como positivista, demostrable, verificable, generador de verdades universales, mediante métodos estandarizados en los que se define la separación de sujeto y objeto (p. 355).

Con respecto al constructivismo, este enfoque plantea que el conocimiento no se recibe pasivamente sino que es procesado y construido activamente por el individuo. Por ende “nuestro conocimiento ha de interpretarse no como imagen del mundo real, sino tan sólo como una llave que nos abre caminos posibles” (Von Glasersfeld, 1981, p. 2). Más extensamente:

...si decimos de algo que “encaja”, tenemos en mente una relación diferente. Una llave “encaja” en la cerradura cuando la abre. Ese encajar describe una capacidad de la llave, pero no de la cerradura. Pero los ladrones de profesión sabemos demasiado bien que existe una gran cantidad

de llaves con formas diferentes de las nuestras pero que no por eso dejan de abrir nuestras puertas. Esta podrá ser una metáfora muy grosera, pero sirve para ilustrar el punto capital y hacerlo un poco más comprensible. Desde el punto de vista del constructivismo radical todos nosotros –hombres de ciencia, filósofos, legos, escolares, animales, seres vivos de todas las especies– estamos frente al mundo circundante como un bandido ante una cerradura que debe abrir para adueñarse del botín (Von Glasersfeld, 1981, p. 3).

En otras palabras, el constructivismo señala que el conocimiento no es una copia o un reflejo de la realidad. Al contrario, el conocimiento es “una construcción del ser humano; esta construcción se realiza con los esquemas que la persona ya posee (conocimientos previos), o sea, con lo que ya construyó en su relación con el medio que la rodea” (Agudelo & Estrada, 2012, p. 358). Así pues, desde la perspectiva constructivista, la tradición modernista de la objetividad es la ilusión de que las observaciones pueden hacerse sin observador (Von Foerster, 1991).

El construccionismo social, por su parte, plantea que el lenguaje construye el mundo y no lo “representa” (Pearce, 1994). Wittgenstein (1958), previo al surgimiento del construccionismo social, ya concebía la función representacional del lenguaje como una noción más bien rudimentaria:

Ese concepto filosófico del significado reside en una imagen primitiva del modo y manera en que funciona el lenguaje. Pero también puede decirse que es la imagen de un lenguaje más primitivo que el nuestro (...) «¿Es esta representación apropiada o inapropiada?» La respuesta es entonces: «Sí, apropiada; pero sólo para este dominio estrictamente circunscrito, no para la totalidad de lo que pretendemos representar» (p. 9).

Así, el construccionismo social, siguiendo la línea de Wittgenstein, planteó que el lenguaje forma el mundo y no lo representa (Pearce, 1994). Lo anterior repercutió directamente en la ciencia ya que las explicaciones científicas, las cuales son formuladas en el lenguaje, pasaron a ser simples acciones discursivas dentro de una comunidad. Vale

decir, el conocimiento ya no es concebido como resultado de la inducción o la construcción de hipótesis generales como promulga el empirismo. Al contrario, el conocimiento es visto como un proceso de intercambio social (Gergen, 2009).

### **Constructivismo y construccionismo social: disonancias epistemológicas.**

Hasta aquí, el constructivismo y el construccionismo guardan ciertas similitudes: son antirrepresentacionistas, comparten una postura epistemológica hermenéutica y conciben el conocimiento como una construcción. Sin embargo, se diferencian en un sinnúmero de planteamientos y repiten cuestiones antiquísimas desde siempre irresolubles (Jubés, Laso & Ponce, 2000). Por ejemplo, Ibáñez (2003) señala que es muy difícil encontrar un punto de entronque entre, por ejemplo, el constructivismo en la biología del conocimiento y el construccionismo social. Por lo tanto, asimilar el constructivismo y el construccionismo social conlleva un equívoco epistemológico. Es decir, la equiparación supone la noción equívoca de un continuo, como si el constructivismo y el construccionismo fueran episodios de un mismo proceso. Sin embargo, he ahí el error, puesto que el constructivismo y el construccionismo social sitúan la construcción del conocimiento en diferentes aspectos: el primero en el observador y el segundo en el lenguaje. Angudelo y Estrada (2012) complementan:

Pese a que ambas tendencias tienen una similitud en su idea primaria de “construir”, las diferencias se basan principalmente en cómo se construye la realidad: para los constructivistas se hace desde la perspectiva individual ligada a sus percepciones, experiencias y estructura mental, y para los construccionistas desde el punto de vista de un intercambio entre individuos que comparten un contexto cultural (p. 357).

Además, si bien el constructivismo ocasionó una crisis en los supuestos sistémicos (Fruggeri, 1998) —disminuyendo la rigidez que estos tenían—, algunos supuestos se mantuvieron incólumes y, más aún, se terminaron por realzar. Por ejemplo, la mente y el mundo mantuvieron un status ontológico garantizado (Gergen, 2009). De hecho, para el



constructivismo el mundo y la mente sí existen, operan como fundamentos de la constructividad y, paradójicamente, lo constructivo no opera en ellos: es decir, todo se construye excepto el mundo y la mente. En consecuencia, el solipsismo irrumpió en la clínica sistémica como un invitado fastidioso, puesto que el terapeuta sistémico quedó encerrado en su mundo cognitivo. En cambio, “para los construccionistas, los conceptos con los que se denominan tanto el mundo como la mente son constitutivos de las prácticas discursivas, están integrados en el lenguaje y, por consiguiente, están socialmente impugnados y sujetos a negociación” (Gergen, 2009, p. 61). Gergen refiere extensamente:

Para hablar de “mundo” o “mente”, se requiere del lenguaje. Palabras como “materia” y “proceso mental” no son espejos del mundo, sino constituyentes de los sistemas del lenguaje. Hablar, entonces, de “mundo material” y “relaciones causales” no es describir de modo exacto lo que existe, sino participar de un género textual: beber de un inmenso repositorio de inteligibilidades que constituyen una tradición cultural particular. (Gergen, 2009, p. 99).

Por lo tanto, a medida que se precisan las diferencias surge un panorama totalmente diferente: la noción de un continuo epistemológico se deshace, la idea de complementación resulta a lo menos inocente y, finalmente, se deja entrever un posible eclecticismo. En efecto, Zlachevsky (2012) señala que diversas corrientes de pensamiento, entre las que se cuenta el constructivismo y el construccionismo social, se propusieron superar la predominancia del realismo generando, imprevistamente, un escenario confuso y ecléctico. El problema del eclecticismo es que, en su intento por conciliar lo mejor de las distintas teorías, pasa por alto las epistemologías subyacentes. Es decir, concierta teorías que difieren o que se contraponen en sus nociones de realidad. Además, la noción de continuo epistemológico opacó las particularidades del construccionismo social y, contra todo pronóstico, lo hizo ver tan sólo como una adición. Dicho de otro modo, el construccionismo no guardaría diferencias con lo que se venía haciendo.

Sin embargo, la contribución construccionista, según Fruggeri (1998), tiene sus propias particularidades y, además, corrige las simplificaciones derivadas del constructivismo:

Es precisamente la perspectiva social de análisis de procesos de construcción de la realidad que permite corregir los reduccionismos y las simplificaciones derivadas de la consideración de un observador que individualmente construye el mundo circundante a través de sus propios procesos cognitivos (Fruggeri, 1998, p. 42)

Así pues, queda claro que el construccionismo no es un adiconamiento y tampoco la etapa de un proceso. Todo lo contrario, la contribución construccionista resulta novedosa porque marca un quiebre y, a la vez, constituye la superación de la perspectiva moderna — perspectiva que el constructivismo no había dejado del todo—. Por lo tanto, y a la luz de estos antecedentes, *¿cuál es la singularidad de los aportes construccionistas para la clínica sistémica?*

## **OBJETIVOS**

### **General.**

- Comprender la singularidad de los aportes construccionistas para la clínica sistémica.

### **Específicos.**

- Describir los aportes ontológicos del construccionismo social para la clínica sistémica
- Describir los aportes epistemológicos del construccionismo social para la clínica sistémica
- Describir los aportes teóricos del construccionismo social para la clínica sistémica

## RELEVANCIA

Ahora bien, el presente estudio no se ha realizado antes o al menos con las pretensiones que aquí se efectúa. Si bien hay artículos que tratan el tema del construccionismo social, ya sea en torno a sus planteamientos epistemológicos, a las aportaciones que introdujo en la terapia o las diferencias que posee con el constructivismo, los artículos operan como cuadros comparativos. Es decir, tan sólo se dedican a comparar el construccionismo con el constructivismo pero no singularizan los aportes del primero. Dicho de otra manera, no se le da un carácter distintivo a los aportes construccionistas.

Por ejemplo, Zlachevsky (2012) indaga cuáles son los puntos de entronque entre el constructivismo y el construccionismo social, señalando que comparten una postura epistemológica hermenéutica. También realiza observaciones con respecto a sus diferencias, sin embargo, su empresa investigativa no va en esa dirección y, por lo tanto, no profundiza mayormente.

Jubés, Laso y Ponce (2000) abordan las similitudes y las diferencias que hay entre el constructivismo y el construccionismo social: este caso ilustra perfectamente la lógica de un cuadro comparativo. Por ejemplo, exhiben las transformaciones teóricas y las correspondientes aportaciones terapéuticas, no obstante, no se profundiza en las contribuciones y tampoco se las caracteriza. Asimismo, el equívoco epistemológico no queda al descubierto y, de una u otra manera, se mantiene la noción de un continuo.

Con Fruggeri (1998) sucede algo similar, puesto que expone las aportaciones del constructivismo y del construccionismo, sin embargo, da a entender, aunque no lo diga expresamente, que el construccionismo vino a resolver las interrogantes inconclusas del constructivismo. En otras palabras, el construccionismo social surgiría al alero del agotamiento constructivista.

En cambio, el estudio que aquí se propone resulta indispensable y novedoso en tanto singularización. Vale decir, destaca lo que es propio o característico de los aportes construccionistas. Así, el construccionismo social obtiene un carácter único, distintivo y se apropia de un espacio que no le había sido conferido. Al mismo tiempo, facilita la

desintegración de la noción de continuo, de complementación y de añadidura. Dicho de otra forma, la singularización permite diferenciar el constructivismo del construccionismo y, además, diluye la errada idea de adición.

Finalmente, la singularización no sólo aporta en términos teóricos, sino que también se yergue como un aporte para los terapeutas. En efecto, la singularización realiza las salvedades epistemológicas que el eclecticismo no efectúa, coartando su diseminación y crecimiento. El eclecticismo consiste en conciliar aquellas doctrinas que se consideran las mejores de los diversos sistemas de pensamiento, sin embargo, este ejercicio pasa por alto las epistemologías subyacentes. En otras palabras, el eclecticismo produce una conciliación borrosa, imprudente e irreflexiva, puesto que las teorías que concierta difieren en sus nociones de realidad o pueden ser incluso contrapuestas. El eclecticismo psicológico, o también llamado sincretismo psicológico, se ha propagado libremente y sin ningún tipo de restricciones. Por ello, y tal como señala Zlachevsky (2010), resulta imprescindible, sobre todo en el quehacer terapéutico, saber cuáles son los fundamentos que soportan las intervenciones. De lo contrario, las intervenciones se vuelven antojadizas, indiscriminadas y carentes de una coherencia general: coherencia entre pensar y hacer psicoterapia. En concordancia con esta idea, Bertrando (2012) señala extensamente:

El hecho es que, para mí, el diálogo entre teoría y práctica siempre ha sido fundamental. En mi entendimiento de la terapia, la teoría y la práctica están entrelazadas (no es posible separarlas sin matarlas). Para mí, la teoría es inútil (o superflua) si no está inserta en la práctica, y la práctica es superficial (o al menos irreflexiva, aunque a veces eficaz) si no se basa en la teoría (p. viii)

## ESTADO DEL ARTE

**Representacionalismo y antirrepresentacionalismo: el espejo de la naturaleza se comienza a trizar.**

¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal (Nietzsche, 1970, p. 546)

Durante los últimos siglos hay una especie de reinado que domina gran parte de la teorización y del quehacer científico. En efecto, la regencia está a cargo de la noción representacionalista del conocimiento, la cual visualiza el lenguaje como un espejo de la naturaleza. Desde esta perspectiva, el conocimiento sería un espejo en el que se agrupan representaciones exactas de la naturaleza, de las cuales no se puede dudar de su exactitud (Rorty, 1983). Con respecto a este punto, Pearce (1994) señala:

En primer término, el viejo paradigma suponía que el lenguaje se refiere al mundo, o sea, que el lenguaje es representacional: nos habla de las cosas que están "ahí afuera". En segundo término, plantea que la transmisión de mensajes (es decir, conseguir que los mensajes pasen de "aquí" a "allí") es la función clave de la comunicación (...) Según el viejo paradigma, se supone que la comunicación funciona bien si describe perfectamente el mundo y transmite mensajes sin distorsionarlos (p. 271).

Sin embargo, la noción representacionalista fue objeto de múltiples críticas y reconsideraciones. Por ejemplo, frentes como el constructivismo y el construccionismo social pusieron en tela de juicio los supuestos representacionalistas. En efecto, estos

enfoques cuestionaron la noción representativa del lenguaje y, por ende, la idea de la mente como un espejo. Con respecto a la noción antirrepresentacionista, Rorty (1996) explica:

Lo que niega [el antirrepresentacionista] es que es útil desde el punto de vista explicativo elegir entre contenidos de nuestra mente o nuestro lenguaje y decir que este o ese elemento «corresponde a» o «representa» el entorno de un modo que no se da en otros elementos. De acuerdo con nuestra perspectiva antirrepresentacionista, una cosa es decir que un dedo prensil, o la capacidad de utilizar el término «átomo» como lo utilizan los físicos, es útil para hacer frente al entorno. Otra cosa es intentar explicar esta utilidad por referencia a nociones representacionistas, como la noción de que la realidad a que hace referencia el «quark» estaba «determinada» antes de que surgiese el término «quark» (mientras que la referida, por ejemplo, a «beca de fundación» sólo apareció una vez que surgieron las prácticas sociales correspondientes). (p. 21)

En concordancia con el antirrepresentacionismo, el construccionismo social planteó que el lenguaje construye el mundo y no lo representa. Es más, el construccionismo se caracterizó “por estar en deuda con la elucidación que hace Saussure de la relación arbitraria entre significante y significado” (Gergen, 2009, p. 45). Wittgenstein (1958), ya a principios del siglo XX, daba atisbos sobre este punto:

Ese concepto filosófico del significado reside en una imagen primitiva del modo y manera en que funciona el lenguaje. Pero también puede decirse que es la imagen de un lenguaje más primitivo que el nuestro (...) «¿Es esta representación apropiada o inapropiada?» La respuesta es entonces: «Sí, apropiada; pero sólo para este dominio estrictamente circunscrito, no para la totalidad de lo que pretendemos representar» (Wittgenstein, 1958, p. 9).

Así pues, el construccionismo social señala que, “como convincentemente lo argumenta Wittgenstein, las palabras no ganan su significado a través de su capacidad de describir la realidad, sino a través de su uso en el intercambio social” (Gergen, 2009, p. 201). En la misma senda, Rorty (1996) señalaba que los seres humanos se mueven en el lenguaje y, por lo tanto, en las prácticas sociales que lo hacen posible. Por ende, el hecho de preguntarse por los límites o si existe una entidad por fuera del tiempo que sostiene y le da sentido a esos juegos de lenguaje es a lo menos inútil. Así pues, el construccionismo social, siguiendo la línea de Wittgenstein y de Rorty, planteó que el lenguaje construye el mundo y no lo representa. Sin embargo, “¿qué quiere decir afirmar que el lenguaje (el texto, la retórica) construye el mundo?” (Gergen, 2009, 43). Gergen (2009) explica extensamente:

Las palabras son, al fin y al cabo, algo pasivo y vacío simplemente sonidos o marcas sin consecuencia. Con todo, las palabras están activas en la medida en que las emplean las personas al relacionarse, en la medida en que son un poder garantizado en el intercambio humano (p. 43).

Así pues, “no es posible representar el mundo tal como es con anterioridad a la representación, porque el lenguaje tiene un efectivo efecto formativo” (Pearce, 1994, p. 270). Lo anterior resulta sumamente rupturista porque el lenguaje ya no describe el mundo a la perfección y los mensajes que transmite sí lo distorsionan (Pearce, 1994). Así, la invitación construccionista propone que “decir cómo se llama algo no es simplemente nombrarlo o hablar de eso: es, en un sentido muy real, convocarlo a ser como uno lo ha nombrado” (Pearce, 1994, p. 270). Por ende, “la comunicación se torna así en un proceso constructivo, no en un mero carril conductor de mensajes o ideas, ni tampoco en una señal indicadora del mundo externo” (Pearce, 1994, p. 271). Gergen (2009) complementa:

...las descripciones y las explicaciones ni se derivan del mundo tal como es, ni son resultado inexorable y final de propensiones genéticas o estructurales internas del individuo. Más bien, son resultado de la coordinación humana de la acción. Las palabras adquieren su significado sólo en el contexto de las relaciones actualmente vigentes. Son, en los



términos de Shotter (1984), el resultado no de la acción y la reacción individual sino de la acción conjunta. O en el sentido de Bakhtin (1981), las palabras son inherentemente «interindividuales» (p. 45)

Ahora bien, el axioma construccionista —el lenguaje construye realidad— desencadenó un sinnúmero de reconsideraciones teóricas. Por ejemplo, el construccionismo concibe el conocimiento como un proceso de intercambio social y, tal como señala Gosende (2001), “asume que todo conocimiento es histórico y socialmente específico” (p. 107). Vale decir, el conocimiento ya no es concebido como resultado de la inducción o la construcción de hipótesis generales como promulga el empirismo. Al contrario, el construccionismo sostiene que “los términos por medio de las que conseguimos la comprensión del mundo y de nosotros mismos son artefactos sociales, productos de intercambios situados histórica y culturalmente y que se dan entre personas” (Gergen, 2009, p. 45).

No obstante, el construccionismo social también fue blanco de múltiples críticas. Por ejemplo, Eagleton (1996) señala que el construccionismo social, a pesar de que se declara mudo ontológicamente, sí realiza afirmaciones ontológicas: existirían procesos psicológicos, sociales, personas, entre otros. Sin embargo, estas afirmaciones teóricas, a diferencia de lo que piensan los críticos, no poseen una aspiración ontológica. Todo lo contrario, se caracterizan por ser provisionales y revisables. Por ende, estos supuestos no están en el mundo y no existen ahí, sino que son útiles de un cierto modo, abren un rango de posibilidades y nos brindan una cierta gama de alternativas. En efecto, no hay nada al interior del construccionismo que esté por encima de la invitación a conversar (Gergen, 2009). Gergen (2009) explica:

Los enfoques construccionistas operan como una invitación a bailar, a jugar o a una forma de vida. A diferencia del partidario de la fundamentación, que intenta restringir la gama de las maneras adecuadas de explicar, el construccionista no busca abolir las alternativas (p. 71).

En otras palabras, el construccionismo social no pretende decir qué hay y que no hay. Es cierto, realiza una serie de afirmaciones con respecto a la realidad, a las relaciones

y a las personas. Sin embargo, estas afirmaciones no pretenden ser últimas, incuestionables o definitivas. Tal como refiere Gergen (2009), el construccionismo social no pretende ser una postura epistemológica que esté por sobre las demás, que cierre las posibilidades y que cierre el debate al interior de las comunidades. Al contrario, el construccionismo social es, más que ninguna otra cosa, una invitación a conversar.

El constructivismo, por su parte, planteó que el conocimiento no se recibe de una forma pasiva sino que es procesado y construido activamente por el individuo. Desde la perspectiva constructivista, la tradición modernista de la objetividad es la ilusión de que las observaciones pueden hacerse sin observador (Von Foerster, 1991). En otras palabras, el conocimiento no se recibe pasivamente, ni a través de los sentidos, ni por medio de la comunicación, sino que es construido activamente por el sujeto cognoscente.

El conocimiento, desde la perspectiva constructivista, “es una propuesta que responde a una forma de situarse frente a la experiencia” (López, 2010, p. 26) Desde el enfoque constructivista es muy difícil o prácticamente imposible hablar de objetividad, es más, “el constructivismo considera ingenua cualquier pretensión de atenerse al objeto con el propósito de generar una referencia indiscutible; de producir una estricta correspondencia entre el objeto tal como es y las representaciones mentales.” (López, 2010, p. 26). Por lo tanto:

Se enfatiza ahora la dificultad para determinar si un enunciado se refiere al mundo “tal como es” o “tal como lo vemos”; se produce el cuestionamiento de las formas analíticas del pensar que acentúan exageradamente la distinción entre sujeto y objeto; y finalmente se llega al abandono de las concepciones esencialistas en las que el sentido de cada cosa es anterior a la experiencia. (López, 2010, p. 26)

Los planteamientos epistemológicos del constructivismo no pasaron desapercibidos para la clínica sistémica, todo lo contrario, el encuentro fue detonante en múltiples sentidos. Fruggeri (1998) profundiza en los efectos:

Algunos de los supuestos de la reflexión epistemológica emergente aliviaban las interrogantes de las que no se ocupaba claramente la teoría sistémica, pero al mismo tiempo se trataba de la noción misma de terapia y de la identidad del terapeuta. El planteamiento constructivista, de hecho, antes de comportar cambios en el plano de las explicaciones que los terapeutas se daban del síntoma o de la patología, puso en crisis los presupuestos sobre los que se fundaba la psicoterapia como fenómeno al mismo tiempo científico y social (p. 37).

Así pues, la contribución constructivista resultó trascendental en la historia de la clínica sistémica, ya que, por un lado, incluyó al observador en el proceso de conocimiento y, por otro, generó una impensada proliferación de modelos terapéuticos —la terapia procesal sistémica de Vittorio Guidano, la psicoterapia sistémica centrada en narrativas, entre otros—.

### **Los antecedentes teóricos del constructivismo y del construccionismo social: diluyendo la lógica de un continuo.**

Ahora bien, el construccionismo social guarda ciertas similitudes con el constructivismo. En efecto, el construccionismo social y el constructivismo, según Zlachevsky (2012), comparten una postura epistemológica hermenéutica. Más precisamente, ambos enfoques entienden la vida como interpretación de sí misma y resaltan el carácter hermenéutico que la vida tiene, reconociendo que toda interpretación refiere a alguien que interpreta. Además, el constructivismo y el construccionismo convergen en dos aspectos fundamentales:

En primer lugar, al hacer hincapié en la naturaleza construida del conocimiento, tanto el constructivismo como el construccionismo son escépticos acerca de la existencia de garantías fundamentadoras para una ciencia empírica. Además, tanto uno como otro se enfrentan al enfoque de la mente individual como dispositivo que refleja el carácter y las condiciones de un mundo independiente. Ambos movimientos ponen en

tela de juicio el enfoque del conocimiento como algo «edificado» en la mente a través de la observación desapasionada. Y en consecuencia, tanto uno como otro ponen en tela de juicio también la autoridad tradicionalmente asignada a la «ciencia del comportamiento» y los métodos que no tienen en cuenta sus propios efectos en el modelado del conocimiento (Gergen, 2009, p. 61)

Estas similitudes teóricas, además de nominales, terminaron por asimilar ambos enfoques, sin embargo, la homologación es completa y absolutamente equivocada. El constructivismo y el construccionismo se volvieron sumamente populares pero, desde la perspectiva de Jubés, Lazo y Ponce (2000), la popularización conllevó una peligrosa banalización. La banalización se produjo cuando se equiparó el constructivismo con el construccionismo social. En efecto, Zlachevsky (2010) señala que muchos terapeutas no son capaces de distinguir entre el constructivismo y el construccionismo social.

Lamentablemente, la asimilación de estos enfoques conllevó un grave error epistemológico. Es decir, la equiparación dejó entrever la noción equívoca de un continuo o, dicho de otro modo, como si el constructivismo y el construccionismo fueran dos episodios de un mismo proceso: un proceso epistemológico que pone sobre la mesa la construcción del conocimiento. No obstante, he ahí el error, puesto que el constructivismo y el construccionismo sitúan la construcción del conocimiento en diferentes aspectos: el primero en el observador y el segundo en el lenguaje. Agudelo y Estrada (2012) complementan:

Se diferencian en que el constructivismo le da espacio al pensamiento individual, personal y libre del individuo, mientras que el construccionismo se refiere al pensamiento cooperativo de los grupos sociales y hace énfasis en las metáforas que se ubican principalmente en la lingüística, como la narración y la hermenéutica (p. 357)

Más precisamente, el constructivismo promueve la idea de un sistema nervioso como una máquina cerrada. Por lo tanto, las percepciones, las ideas y los constructos van tomando forma a medida que el organismo se golpea contra el mundo externo. El

construccionismo social, en cambio, considera que las ideas y los conceptos emergen del intercambio social y son mediatizados por el lenguaje. Así, todo conocimiento, desde esta perspectiva, evoluciona en el espacio que se da entre las personas y, por ende, es sólo mediante la permanente conversación que el individuo desarrolla una identidad o una voz interna (Hoffman, 1991).

Por lo tanto, el construccionismo social, a la luz de estos antecedentes, deja de ser una añadidura o una complementación del constructivismo. Gergen (2009), con respecto a este punto, zanja claras diferencias entre el constructivismo y el construccionismo social:

(...) el enfoque constructivista sigue alojado en el seno de la tradición del individualismo occidental. El construccionismo social, en cambio, remite las fuentes de la acción humana a las relaciones, y la comprensión misma del «funcionamiento individual» queda remitida al intercambio comunitario (...) El construccionismo también soporta una relación intertextual con las teorías preocupadas por la base social de la vida mental (a veces denominada «constructivismo social»). A diferencia de los constructivistas, que postulan un mundo mental para, a continuación, teorizar sobre su relación con un mundo externo, estos teóricos conceden prioridad al proceso social en la modelización de aquello que se considera como conocimiento a nivel de la mente individual (p. 61-62).

Así pues, a pesar de que el constructivismo y el construccionismo guardan ciertas semejanzas, “repiten antiquísimas cuestiones filosóficas, desde siempre irresolubles, adoptando posiciones opuestas pero complementarias” (Jubés, Laso & Ponce, 2000, p. 18).

Además, el constructivismo y el construccionismo social provienen de diferentes tradiciones de pensamiento. Más aún, “la complejidad en este sentido es elevada si se comprende que tanto el constructivismo como el construccionismo tienen diferentes apellidos según autores, épocas o énfasis en unos u otros elementos y campos de aplicación” (Agudelo & Estrada, 2012, p. 355).

Con respecto al constructivismo, cabe destacar que este enfoque no es del todo nuevo. Es más, existen un sinnúmero de antecedentes que, a pesar de que no poseen el rótulo constructivista, concuerdan con este enfoque y, por sobre todo, con su concepción de la realidad y del conocimiento. Con respecto a este punto, Izuzquiza (2006) explica:

Sin embargo, es necesario advertir que el constructivismo contemporáneo no es, en su conjunto, una propuesta teórica nueva. Son varios los antecedentes que pueden rastrearse en la formulación de sus objetivos, a lo largo de la historia del pensamiento. La obra de Giambattista Vico, George Berkeley, Inmanuel Kant, entre otros, deben ser contados entre estos antecedentes (p. 108)

En la misma línea, Arnold (1997) expone los componentes teóricos que sostienen y que dan forma al constructivismo. Sin embargo, su lectura acentúa, a diferencia de Izuquiza (2006), los aportes contemporáneos de la teoría biológica del conocimiento y de la cibernética. Refiere:

El constructivismo incorpora la hipótesis acerca del metabolismo celular —autopoiesis—, el funcionamiento del sistema nervioso —especialmente del cerebro— y la cibernética —procesos de autoorganización— y las dispone junto a conocimientos provenientes del relativismo histórico, de las disciplinas de la comunicación, de las teorías de sistemas, de los enfoques culturales y psicocognitivos. (Arnold, 1997, p 6).

En términos generales, el constructivismo proviene de una tradición evolucionista, cognitivista y cibernética. Con respecto a la primera, la teoría de la evolución plantea que sólo existen dos posibilidades en la supervivencia: “o bien una especie encaja con su medio o bien no encaja; es decir, sobrevive o muere” (Von Glasersfeld, 1981, p. 4). Sin embargo, ¿de qué forma se relaciona esto con el constructivismo?; ¿cómo hereda el constructivismo esta tradición?; ¿cuál es el punto de entronque o de enlace? Von Glasersfeld (1981) explica extensamente:

En este aspecto coincide el principio fundamental de la teoría del conocimiento constructivista radical con el principio fundamental de la teoría de la evolución: así como el medio pone límites a los seres vivos (estructuras orgánicas) y elimina variantes que transgreden las posibilidades de vida dentro del espacio así limitado, de la misma manera el mundo de la experiencia, ya se trate de la experiencia cotidiana o de la experiencia del laboratorio, constituye la piedra de toque para nuestras ideas (estructuras cognitivas). Esto se aplica en el caso de las primeras regularidades que establecen los niños en su experiencia aún apenas diferenciada, se aplica en el caso de las reglas con cuya ayuda los adultos tratan de regular la vida diaria y se aplica en el caso de las hipótesis, de las teorías y de las llamadas “leyes de la naturaleza” que formulan los hombres de ciencia en su afán de procurar estabilidad y orden perdurables a un mundo de la experiencia lo más amplio posible. Las regularidades, las reglas y las teorías se revelan como seguras o no a la luz de la posterior experiencia (a menos que introduzcamos el concepto de la probabilidad, en cuyo caso abandonamos expresamente la condición de que el conocimiento debe ser cierto) (p. 4)

Por lo tanto, el conocimiento, desde el enfoque constructivista, reviste un carácter evolucionista porque “consideramos las ideas, las teorías y las leyes de la naturaleza como estructuras que están permanentemente expuestas a nuestro mundo de la experiencia (desde el cual las hemos derivado) y o bien son válidas o no” (Von Glasersfeld, 1981, p. 5) Más extensamente:

Desde un punto de vista muy general nuestro conocimiento es útil, relevante, capaz de sobrevivir (o como se quiera llamar al lado positivo de la escala de valores) si resiste al mundo de la experiencia y nos capacita para hacer ciertas predicciones o para hacer que ciertos fenómenos (apariciones, eventos, experiencias) ocurran o para impedir que ocurran. Si no nos presta ese servicio, el conocimiento se vuelve cuestionable, indigno de confianza, inútil y en última instancia devaluado a mera superstición (Von Glasersfeld, s/f, p. 5).

Segundo, el constructivismo también proviene de una tradición cognitivista. La psicología cognitiva, durante los años cincuenta y sesenta, surgió “como alternativa a la concepción conductista de la mente como caja negra inaccesible. Es difícil atribuir su aparición a un único autor, pero sí parece claro que su inicio coincide con la aparición y desarrollo de los ordenadores” (García, 2007, p. 19). Más aún, la psicología cognitiva empleó la metáfora del ordenador en el estudio de los procesos cognitivos.

Jean Piaget, a pesar de que es considerado como uno de los padres del constructivismo, poseía una fuerte herencia cognitiva y, como era de suponer, le otorgaba un estatus ontológico a las estructuras mentales. Específicamente, Piaget consideraba que las estructuras cognitivas existían y que se podría acceder a ellas. Es más, Jean Piaget, a diferencia del enfoque tradicional de la filosofía, entendía la epistemología como el estudio de las capacidades y de las estructuras cognitivas —las capacidades cognitivas como presupuesto que funda la investigación— (García, 2007).

Humberto Maturana y Francisco Varela, en un intento por distanciarse del cognitivismo, criticaron las analogías computacionales y zanjaron claras diferencias — Cabe destacar que Maturana y Varela no son constructivistas, no obstante, sus trabajos sirven como sustento teórico de gran parte del constructivismo—. Según los biólogos chilenos, “el sistema nervioso no “capta información” del medio como a menudo se escucha, sino que al revés, trae un mundo a la mano al especificar qué configuraciones del medio son perturbaciones y qué cambios gatillan éstas en el organismo” (Maturana & Varela, 2009, p. 113). Lo anterior marca un antes y un después en la comprensión del sistema nervioso, puesto que “la metáfora tan en boga del cerebro como computador, no es sólo ambigua sino francamente equivocada” (Maturana & Varela, 2009, p. 113). Por consiguiente:

...tenemos la trampa de suponer que el sistema nervioso opera con representaciones del mundo. Y es una trampa porque nos ciega ante la posibilidad de dar cuenta cómo funciona el sistema nervioso en su operar momento a momento como sistema determinado con clausura operacional (Maturana & Varela, 2009, p. 89)



La clausura operacional, según Maturana y Varela (2009), nos dice que el sistema nervioso no es representacional porque, en cada interacción, es el estado estructural del sistema nervioso el que especifica cuáles perturbaciones son posibles y qué cambios gatillan ellas en su dinámica estructural. Es un error, por lo tanto, definir el sistema nervioso como teniendo entradas y salidas en el sentido tradicional. Esto significaría que tales entradas o salidas forman parte de la definición del sistema, como ocurre con un computador o máquinas de origen ingenieril. Hacer esto es enteramente razonable cuando uno ha diseñado una máquina, en la cual lo central es cómo se requiere interactuar con ella. “Pero el sistema nervioso (o el organismo) no ha sido diseñado por nadie, es el resultado de una deriva filogénica de unidades centradas en su propia dinámica de estados” (Maturana y Varela, 2009, p. 113).

A pesar de este distanciamiento, el constructivismo preservó una serie de elementos que eran propios de la psicología cognitiva. Por ejemplo, acentuó los procesos cognitivos; realzó al observador, le otorgó primacía a los procesos biológicos, entre otros aspectos.

Finalmente, el constructivismo también guarda una estrecha relación con la cibernética, disciplina que se encarga del estudio y de la estructura de los sistemas. Es más, la cibernética es vista como el soporte teórico que permitió la reivindicación del constructivismo. Izuzquiza (2006), con respecto a este punto, explica extensamente:

Asimismo, es necesario recordar que es la cibernética desde una perspectiva científica la que se mantiene a modo de uno de los elementos esenciales en la reivindicación del constructivismo como perspectiva de análisis. En este sentido, el constructivismo contemporáneo aparece como una contribución propia de la revolución científica de nuestro tiempo (p. 108).

Ahora bien, el construccionismo social, por su parte, proviene de una tradición de pensamiento totalmente diferente. Por ejemplo, Pearce (1994) distingue una serie de planteamientos teóricos que, desde su punto de vista, sostendrían gran parte del construccionismo social:

El construccionismo social se apoya en una posición filosófica muy distinta de los caminos que otros han seguido para abordar el nuevo paradigma. Se basa en los pragmatistas norteamericanos, sobre todo en William James, John Dewey y George Herbert Mead. También se apoya en los trabajos de la última época de Wittgenstein, particularmente en su énfasis en los juegos del lenguaje y en su énfasis en que las reglas no son algo diferenciado de la actividad misma. El tercer punto de apoyo del construccionismo social es la Teoría de los Sistemas. La Teoría de los Sistemas incluye a Gregory Bateson, con su maravillosa capacidad para pensar sistémicamente, y a Ludwig von Bertalanffy, con su maravillosa capacidad para pensar sobre los sistemas —que no es lo mismo—. (p. 273)

Ibáñez (2003), por su parte, también distingue una determinada tradición de pensamiento que, a diferencia de Pearce, realza el aporte foucaultiano y las contribuciones efectuadas desde la discursividad. Particularmente, resalta los planteamientos de Michel Foucault; los aportes del segundo giro lingüístico, protagonizado por la escuela de Oxford; las contribuciones del pragmatismo de Richard Rorty; las aportaciones post estructuralistas; la influencia que ejerció el paradigma de la complejidad; los aportes efectuados desde la discursividad; y, por último, los planteamientos del movimiento post moderno. Ibáñez (2003) complementa:

Es decir, en definitiva, a la construcción de un contexto intelectual que permitió enriquecer considerablemente la agenda teórica inicialmente propuesta por el construccionismo social, al mismo tiempo que facilitaba su aceptación por parte de quienes, dentro de la disciplina, se mostraban sensibles a una o varias de las mencionadas aportaciones contemporáneas. (p. 157)

Así pues, resulta difícil dilucidar las corrientes que han dado forma al movimiento construccionista. Cabe destacar que la palabra movimiento no se ocupa de forma azarosa, todo lo contrario, es un concepto que permite comprender la vitalidad y la extensión del construccionismo social. Ibáñez (2003), con respecto a este punto, expresa:

Sin duda alguna, tanto la facilidad con la cual el socioconstruccionismo se dejó impregnar por esas aportaciones, como su capacidad para enrolar en sus filas a buena parte de quienes simpatizaban con ellas, se debieron al acierto que tuvo Kenneth Gergen cuando definió el construccionismo social como un «movimiento», es decir, como un conjunto de elementos-teóricos en progresión, laxo, abierto, y con contornos cambiantes e imprecisos, más que como una doctrina teórica fuertemente coherente y bien estabilizada. Dicho con otras palabras, el acierto consistió en privilegiar la dimensión instituyente del socioconstruccionismo por encima de su dimensión instituida, o su carácter de «proceso» en desarrollo por encima de su carácter de «producto» más o menos acabado (p. 157)

A la luz de estos antecedentes, ¿cuál es, entonces, la corriente de pensamiento que antecede el construccionismo social? A pesar de las múltiples delimitaciones, podemos distinguir una serie de teorías que operan de forma manifiesta: la filosofía del lenguaje, el pragmatismo filosófico, el giro lingüístico y la cibernética —al igual que en el constructivismo—. En efecto, y como se verá más adelante, la cibernética suministró, al igual que en el constructivismo, una perspectiva novedosa, agitadora y revolucionaria. En otras palabras, la cibernética proporcionó un lenguaje diferente al psicodinámico, modificó la unidad de análisis —desde el individuo a la relación— y, por último, permitió trascender los límites de la individualidad.

Durante la primera mitad del siglo XX, mucho antes de que surgiera el construccionismo social, Wittgenstein, uno de los más destacados filósofos del lenguaje, ya ponía en cuestión la noción representacionista del lenguaje, según la cual las palabras denominan objetos y las oraciones son combinaciones de esas denominaciones (Wittgenstein, 1952). Wittgenstein (1952) ejemplifica:

Piensa ahora en este empleo del lenguaje: Envío a alguien a comprar. Le doy una hoja que tiene los signos: «cinco manzanas rojas». Lleva la hoja al tendero, y éste abre el cajón que tiene el signo «manzanas»; luego busca en una tabla la palabra «rojo» y frente a ella encuentra una muestra

de color; después dice la serie de los números cardinales —asumo que la sabe de memoria— hasta la palabra «cinco» y por cada numeral toma del cajón una manzana que tiene el color de la muestra (, p. 8).

Sin embargo, ¿esta noción explica la totalidad del fenómeno lingüístico? ¿Realmente da cuenta de las complejidades del lenguaje? Wittgenstein señala que no, es más, habría una serie de aspectos que escapan a la representación. El filósofo austriaco arguye:

— Así, y similarmente, se opera con palabras. — «¿Pero cómo sabe dónde y cómo debe consultar la palabra 'rojo' y qué tiene que hacer con la palabra 'cinco'?» — Bueno, yo asumo que actúa como he descrito. Las explicaciones tienen en algún lugar un final. — ¿Pero cuál es el significado de la palabra «cinco»?— No se habla aquí en absoluto de tal cosa; sólo de cómo se usa la palabra «cinco» (Wittgenstein, 1952, p. 9).

En otras palabras, la noción representacionista, a ojos de Wittgenstein (1952), opera como una comprensión rudimentaria y que no da cuenta de las complejidades del fenómeno lingüístico. Con respecto a lo anterior, Gergen (2009), en un ejercicio de orden genealógico, resalta los nexos y las similitudes que existen entre el enfoque wittgensteiniano y el construccionismo social. Gergen (2009) explica:

...el construccionismo social es un compañero compatible para la concepción wittgensteiniana del significado como un derivado del uso social. Para Wittgenstein (1953) las palabras adquieren su significado dentro de lo que metafóricamente denomina «juegos del lenguaje», es decir, a través de los sentidos con que se usan en las pautas de intercambio existente (p. 48).

Por lo tanto, y “a partir de la lectura de autores como Wittgenstein, el construccionismo hace una crítica profunda a la creencia de que la mente contenga representaciones que realmente reflejan lo que es el mundo externo” (Sandoval, 2010). Así pues, la función primaria del lenguaje, desde la lógica construccionista, “es la construcción

de mundos humanos, no simplemente la transmisión de mensajes de un lugar a otro” (Pearce, 1994, p. 272).

En una senda semejante, Martin Heidegger (1951), durante la primera mitad del siglo XX, también discrepaba de la visión tradicional del lenguaje. Específicamente, Heidegger (1951) visualizaba el lenguaje como el señor del hombre, más aún, el filósofo de Friburgo concebía el lenguaje como el habitáculo del ser. Más extensamente:

La exhortación sobre la esencia de una cosa viene del lenguaje, en el supuesto de que prestemos atención a la esencia del lenguaje. Sin embargo, mientras tanto, por el orbe de la tierra corre una desenfrenada carrera de escritos y emisiones de lo hablado. El hombre se comporta como si fuera él el forjador y el dueño del lenguaje, cuando en realidad es el lenguaje el que es y ha sido siempre el señor del hombre (Heidegger, 1951, p. 1)

Previamente, Mijaíl Bajtín (1999), a finales del siglo XIX, concebía la palabra como un tesoro viviente y que viene preñada de respuesta. En efecto, “Bakhtin destaca la capacidad constructiva y relacional del diálogo, y señala que en toda comprensión y enunciación las personas responden activamente a “otro/s” en espacios sociales, no solo a un contenido” (Fried, 2013. p. 129). El filósofo ruso explica:

Toda comprensión de un discurso vivo, de un enunciado viviente, tiene un carácter de respuesta (a pesar de que el grado de participación puede ser muy variado); toda comprensión está preñada de respuesta y de una u otra manera la genera: el oyente se convierte en hablante. Una comprensión pasiva del discurso percibido es tan sólo un momento abstracto de la comprensión total y activa que implica una respuesta, y se actualiza en la consiguiente respuesta en voz alta. Claro, no siempre tiene lugar una respuesta inmediata en voz alta; la comprensión activa del oyente puede traducirse en una acción inmediata (en el caso de una orden, podría tratarse del cumplimiento), puede asimismo quedar por un tiempo como una comprensión silenciosa (algunos de los géneros discursivos

están orientados precisamente hacia este tipo de comprensión, por ejemplo los géneros líricos), pero ésta, por decirlo así, es una comprensión de respuesta de acción retardada: tarde o temprano lo escuchado y lo comprendido activamente resurgirá en los discursos posteriores o en la conducta del oyente (Bajtín, 1999, p. 253)

Simultáneamente, el filósofo y lingüista ruso Valentín Voloshinov (1973), miembro del famoso Círculo de Bajtín, concebía la palabra como un puente entre el yo y el otro. Más precisamente, “el diálogo [según Bajtín y Voloshinov] es un proceso de relación recíproca entre personas, quienes son coautores de aquello que sucede al interior de él. Los que participan tienen una comprensión activa y anticipatoria de lo dicho y lo escuchado” (Fried, 2013, p. 129). Voloshinov (1973) profundiza:

De hecho la palabra es un acto en dos partes. Está determinada igualmente por lo que la palabra es y para quien está dirigida. La palabra es precisamente el producto de la relación recíproca entre el que habla y el que escucha, el emisor y el receptor. Cada una de las palabras expresa el “uno” en relación con el “otro”... Una palabra es un puente formado entre yo y el otro... Una palabra es el territorio compartido por ambos: el emisor y el receptor, por el que habla y por su interlocutor. (p. 86)

John Dewey (2008), en representación del pragmatismo, también cuestionó la noción representacionista del lenguaje. Específicamente, consideraba que el lenguaje, a pesar de los múltiples esfuerzos, no era capaz de cumplir con su anhelo representacional. Más extensamente:

El lenguaje resulta infinitamente estrecho para reproducir la variada superficie de la naturaleza, pero las palabras como artificios prácticos son agentes que reducen a órdenes, rangos y clases manejables, la infinita diversidad de la existencia natural, tal como opera en la experiencia humana. No solamente es imposible que el lenguaje pueda duplicar la infinita variedad de las cualidades individuales que existen, sino que es enteramente indeseable e innecesario que lo haga (p. 243).

En la misma línea, el neo pragmatista Richard Rorty (1989), durante la década del setenta, señaló que no podemos acceder a un mundo que esté por fuera del lenguaje. El filósofo norteamericano criticó duramente la noción representacionista, según la cual podemos representar con exactitud aquello que se encuentra por fuera de la mente (Rorty, 1983). Más extensamente:

Hay que distinguir entre la afirmación de que el mundo está ahí afuera y la afirmación de que la verdad está ahí afuera. Decir que el mundo está ahí afuera, creación que no es nuestra, equivale a decir, en consonancia, con el sentido común, que la mayor parte de las cosas que se hallan en el espacio y el tiempo son los efectos de causas entre las que no figuran los estados mentales humanos. Decir que la verdad no está ahí afuera es simplemente decir que donde no hay proposiciones no hay verdad, que las proposiciones son elementos de los lenguajes humanos, y que los lenguajes humanos son creaciones humanas. (Rorty, 1989, p. 2)

En otros términos, la verdad no puede existir con independencia de las proposiciones humanas, sólo las proposiciones pueden ser verdaderas o falsas y, por lo tanto, no podemos acceder a un mundo que esté por fuera del lenguaje. Rorty (1989) profundiza:

La verdad no puede estar ahí afuera —no puede existir independientemente de la mente humana— porque las proposiciones no pueden tener esa existencia, estar ahí afuera. El mundo está ahí afuera, pero las descripciones del mundo no. Sólo las descripciones del mundo pueden ser verdaderas o falsas. El mundo de por sí —sin el auxilio de las actividades descriptivas de los seres humanos— no puede serlo. (p. 3).

La reflexión rortiana no dista mucho del análisis que efectuó Wittgenstein, quien fue expuesto anteriormente. Más aún, Rorty visualizaba en la obra de Wittgenstein un sinnúmero de elementos pragmatistas, instrumentalistas y holistas. Por ejemplo, en el libro “La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza” Wittgenstein es considerado uno de los tres principales “héroes” de Rorty (Filgueiras, 2010). “La influencia que Wittgenstein ejerce en

esta obra (especialmente en los dos primeros capítulos) y en la obra inmediatamente anterior parece ser muy grande” (Filgueiras, 2010, p. 238).

En síntesis, “como consecuencia de los efectos del giro lingüístico [la realidad se constituye en el lenguaje], el construccionismo realizó una crítica radical a la idea que el lenguaje tendría la capacidad para vehicular los contenidos mentales o para representar los hechos sociales” (Sandoval, 2010, p. 32). En otras palabras, el lenguaje deja de ser un simple portador de mensajes y, por sobre todo, ya no es capaz de reflejar un hipotético mundo externo.

Asimismo, el lenguaje, desde esta nueva perspectiva, “ya no reside en el interior de las personas, sino que entre ellas, en tanto las palabras solo adquieren sentido y significado en el contexto de una relación particular” (Zlachevsky, 2012, p. 241). Por lo tanto, y como se recalcó previamente, “cada idea, cada concepto sólo se concreta en el intercambio interpersonal o social con otros, en y desde el lenguaje. Los significados con los que las personas afrontan el mundo nacen siempre en y desde un contexto relacional particular” (Zlachevsky, 2012, p. 241) Gergen (2009) sintetiza:

Ni lo que reportamos en nuestras revistas y libros, en el nivel de lo científico, es un reflejo o mapa que se corresponde con los contornos de la naturaleza. Más bien, nuestros lenguajes de descripción y explicación se generan dentro de nuestras relaciones —entre nosotros y con el mundo— (p. 100)

Por último, el construccionismo social también se vincula estrechamente con la cibernética. En efecto, la cibernética le otorgó, en gran parte, su matiz sistémico e interaccional. Por ejemplo, a Bateson (1993) le preocupaba el contexto de sobremanera, es más, el contexto, desde su perspectiva, jugaba un rol protagónico en toda comunicación y significación. Inclusive, Bateson se resistía a separar un fenómeno de su contexto porque es ahí donde adquiere sentido y significación. “Estos planteamientos le han merecido gran acogida y reconocimiento en el construccionismo social, y aunque no encontremos una referencia explícita que lo ubique en dicha epistemología, es sin duda alguna un teórico obligado para los terapeutas postmodernos” (Agudelo & Estrada, 2012, p. 359). Además, y



tal como se dijo en un inicio, el construccionismo social emplea un enfoque y un lenguaje de carácter cibernético: su unidad de análisis es relacional, se deshizo de los términos psicodinámicos y, por último, se preocupó por trascender los límites de la individualidad.

### **La emergencia y la configuración del construccionismo social.**

En un sentido retrospectivo, Berger y Luckman (1967) son los primeros que emplean el concepto de “construcción social”, específicamente en el texto “La Construcción Social de la Realidad”. Estos autores presentan la vida social como una dialéctica que se da entre la acción social y la estructura social. Sin embargo, hoy en día son pocos los construccionistas que coincidirían con estos planteamientos (Gosende, 2001).

El construccionismo social, en un inicio, operó desde las inmediaciones de las ciencias sociales o, dicho de otra forma, desde los márgenes formales de la propia disciplina. Es más, tan sólo existía la posibilidad de hipotetizar sobre sus efectos y consecuencias. Con respecto a este punto, Ibáñez (2003) arguye:

Se habló en su momento de la emergencia de una nueva orientación [el construccionismo social] que pugnaba por abrirse un espacio en la Psicología Social, hoy esa orientación ya ha perdido su aura de novedad y pertenece a la historia reciente de la disciplina. También se habló de orientación alternativa, hoy el construccionismo ha abandonado los márgenes de la disciplina para situarse a una distancia de sus núcleos centrales que, sin ser del todo cercana, tampoco aparece como desmesurada (p. 156).

Además, resulta menester dejar en claro que el construccionismo “más bien responde a un conjunto de perspectivas que no necesariamente constituyen un todo coherente y contrastable (...) Podríamos decir que para comprender la unidad en la diversidad del construccionismo, requerimos más que una mirada homogénea, una mirada caleidoscópica” (Sandoval, 2010, p. 31). A pesar de lo anterior, el construccionismo social

resulta un enfoque más bien reconocible y que, a través de los años, ha realizado múltiples críticas y aportaciones. Sandoval (2010) explica:

Sin embargo, después de varias décadas de desarrollo en Estados Unidos, Europa y América Latina, en la actualidad, el construccionismo puede ser reconocido como un programa complejo con expresiones en varios ámbitos de la psicología y las ciencias sociales. En efecto, como propuesta crítica dentro de la psicología social, el construccionismo ha ido sedimentando un conjunto de perspectivas claramente identificables, de modo que nadie dudaría que está ahí, que puede ser visto...(p. 31)

Igualmente, el construccionismo social ha sido legitimado por gran parte de los psicólogos sociales, ya que ha erguido un nuevo paradigma y, al mismo tiempo, ha contrarrestado la corriente cognitivista. En efecto, el enfoque experimental cognitivista dominó la psicología social durante cuatro décadas, sin embargo, el construccionismo asumió un rol protagónico y le arrebató un terreno que gozaba de exclusividad (Gosende, 2001).

Ahora bien, Kenneth Gergen (2009), en un intento por sistematizar el construccionismo en un todo coherente, condensó los postulados construccionistas en una serie de axiomas fundamentales. Con respecto a este punto, Ibáñez (2003) resalta el rol protagónico que ha jugado Gergen:

El papel desempeñado por Kenneth Gergen en la formulación de estas propuestas es, a todas luces, crucial. En 1982 Gergen publica bajo el título de *Toward transformation in social knowledge*, un libro de un rigor epistemológico y de una densidad filosófica poca habituales en el ámbito de la Psicología Social, que testimonia de la seriedad y de la solidez de la nueva agenda que se estaba elaborando (p. 157)

No obstante, cabe destacar que Gergen (2010), en un gesto de humildad, se desapropia del construccionismo social porque considera que, “como teoría o agrupación de ideas, no es propiedad de ningún individuo”. Tal como refiere Gergen (2010), “no es mi teoría, sino mi grupo de ideas que se reunieron para formar una mezcla, un compuesto, de

donde brotan nuevos diálogos, nuevas condiciones y nuevas conversaciones” (Gergen, 2010)

Ahora bien, a continuación se exponen los principios construccionistas o, como diría Gergen (2009), los “supuestos para una ciencia del construccionismo social” (p. 45). El primer supuesto señala que “los términos con los que damos cuenta del mundo y de nosotros mismos no están dictados por los objetos estipulados de este tipo de exposiciones” (Gergen, 2009, p. 45) Dicho de otro modo, nada exige que un tipo de sonido, movimiento o marca sea utilizado por las personas al momento de representar o de comunicarse. Incluso, los expertos no han podido cumplir con “una correspondencia de la teoría del lenguaje o una lógica de la inducción por medio de la cual se pueden derivar proposiciones generales a partir de la observación” (Gergen, 2009, p. 45).

El segundo supuesto dice relación con que “los términos y las formas por medio de las que conseguimos la comprensión del mundo y de nosotros mismos son artefactos sociales, productos de intercambio situados histórica y culturalmente y que se dan entre personas” (Gergen, 2009, p. 45). Es decir, las explicaciones y las descripciones no previenen del mundo tal como es, tampoco son un producto inapelable de tendencias genéticas o estructurales propias del individuo. Más correctamente, “son el resultado de la coordinación humana de la acción. Las palabras adquieren su significado sólo en el contexto de las relaciones actualmente vigentes” (Gergen, 2009, p. 45).

El tercer supuesto señala que “el grado en el que un dar cuenta del mundo o del yo se sostiene a través del tiempo no depende de la validez objetiva de la exposición sino de las vicisitudes del proceso social” (Gergen, 2009, p. 47). Vale decir, los postulados sobre el yo y el mundo se pueden mantener con independencia de los cambios, de las perturbaciones o de las modificaciones que sufra el mundo que están destinados a explicar. Incluso, es probable que queden en desuso sin que se tome en cuenta aquello que consideramos como aspectos perdurables del mundo. “Efectivamente, los lenguajes de la descripción y de la explicación pueden cambiar sin hacer referencia lo que denominamos fenómenos, que a su vez son libres de cambiar sin que ello comporte consecuencias necesarias para las exposiciones de orden teórico.” (Gergen, 2009, p. 47).

El cuarto supuesto arguye que “la significación del lenguaje en los asuntos humanos se deriva del modo como funciona dentro de pautas de relación.” (Gergen, 2009, p. 48). Vale decir, las proposiciones no obtienen su sentido a partir del universo de referentes, al contrario, el aspecto semántico se puede reorganizar o rehacer en el seno del marco social. Con respecto a este punto, Gergen añade:

Siguiendo el trato dado a la referencia como ritual social con prácticas referenciales situadas social e históricamente, salen a la luz las posibilidades semánticas de la significación de la palabra. Con todo hay que subrayar que la semántica pasa de este modo a ser un derivado de la pragmática social. La forma de la relación permite que la semántica funcione (Gergen, 2009, p. 48).

El quinto supuesto, en una línea más bien concluyente, señala que “estimar las formas existentes de discurso consiste en evaluar las pautas de vida cultural; tal evaluación se hace eco de otros enclaves culturales” (Gergen, 2009, p. 49) Dicho de otro modo, en ciertas comunidades, en las que las palabras y acciones interactúan de manera confiable, es posible pensar lo que entendemos por validez empírica de una afirmación. No obstante, este tipo de evaluación guarda un carácter irreflexivo y, a pesar de la utilidad que tiene en el plano científico y en la vida cotidiana, “no ofrece ningún tipo de medio a través del cual evaluar la propia evaluación, sus propias construcciones del mundo y la relación que éstas tienen con formas de vida cultural más amplias y más difundidas” (Gergen, 2009, p. 49). Así pues, “en la medida en que existen como comunidades de comprensión, los científicos de laboratorio pueden evaluar felizmente la credibilidad y la aceptabilidad de las afirmaciones en las relaciones que las constituyen” (Gergen, 2009, p. 49).

Simultáneamente, Barnett Pearce (1994) también sistematizó los postulados del construccionismo por medio de cinco axiomas fundamentales. Ahora bien, estas sentencias operan como axiomas instituyentes y otorgan un cierto ordenamiento. Pearce (1994) refiere extensamente:

La primera idea es que el mundo social consiste en actividades. Si se me pregunta cuál es la sustancia del mundo social, contestaría que son las

conversaciones, definiéndolas como diseños (patterns) de actividades conjuntas semejantes a juegos (...) La segunda idea del construccionismo social es que los seres humanos tienen una capacidad innata para hacerse un lugar en esta clase de juegos. (...) La tercera idea del construccionismo social es que estas actividades se estructuran según ciertas reglas de obligatoriedad acerca de lo que debemos o no debemos hacer. Creo que primordialmente no somos seres epistémicos sino seres sociales. (...) El cuarto punto del construccionismo social es que si queremos entender estos juegos debemos centrarnos en el "producir" y el "hacer". Lo que existe no son los juegos mismos ni, por cierto, las reglas del juego; la sustancia de nuestros mundos sociales está compuesta por nuestro producir y nuestro hacer. (...) La quinta idea que constituye esta perspectiva señala que cuando nos incorporamos a esas pautas de interacción social semejantes a juegos nunca nos incorporamos a un solo juego. (p. 273-276)

### **Una mirada hacia la clínica sistémica.**

A pesar de la revolución que comportó el pensamiento sistémico, la clínica sistémica de primer orden seguía alojada en la noción representacionista del conocimiento. En efecto, los terapeutas sistémicos se caracterizaban por estudiar a los individuos y a las familias desde una posición desinteresada, neutral o, en palabras de Fruggeri (1998), sin que el observador se viese involucrado.

Además, los terapeutas sistémicos trabajaban, en mayor o menor medida, con categorías diagnósticas que otorgaban un carácter ontológico a la enfermedad mental: DSM & CIE (Duero & Shapoff, 2009). En la misma línea, la clínica sistémica de primer orden también trabajaba con categorías como familias funcionales, disfuncionales, pérdidas de jerarquías, ausencia de límites, entre otros. Conjuntamente, las narraciones de los consultantes estaban por debajo de las descripciones de los terapeutas porque, “según lo proclama el científico comportamental, son notablemente imprecisas y de poca

confiabilidad. Por tanto, se consideran de valor limitado en la comprensión de la vida del individuo, y menos preferibles que los recuentos empíricos del científico entrenado” (Gergen, 2009, p. 192).

La clínica sistémica de segundo orden cambió en algo las cosas, puesto que incluyó al terapeuta en el proceso de observación. En efecto, la clínica sistémica de segundo orden “parte de supuestos epistemológicos que posibilitan la visualización de la situación terapéutica como una constelación compleja en el cual el terapeuta, el grupo terapéutico y la familia en cuestión conforman un todo entramado e imbricado en una situación multideterminada” (Villarreal, 2001, p. 111). Así, la clínica sistémica de segundo orden se deshizo de sus aspiraciones representacionistas y propuso que el observador estaba involucrado en aquello que observa. Dicho de otro modo, toda descripción implica al observador como un partícipe activo que realiza un acto descriptivo (Villarreal, 2011).

Ahora bien, el construccionismo social se encontró con la clínica sistémica en un contexto bastante particular. Concretamente, la clínica sistémica de segundo orden se encontraba en pleno desarrollo gracias a los aportes constructivistas. Por ejemplo, el terapeuta sistémico, gracias a la aportación constructivista, ya no era un agente neutro, sus distinciones no eran desapasionadas y la totalidad de las acciones, independiente de las que fueran, eran vistas como intervenciones.

Sin embargo, la clínica sistémica también pasaba por una especie agotamiento teórico y conceptual (Fruggeri, 1998). Es decir, la clínica sistémica, a pesar de los inapreciables aportes del constructivismo, no podía dar respuesta a ciertos fenómenos que se presentaban en la terapia o en la vida de los consultantes. Es en este contexto donde se encuentra la clínica sistémica con el construccionismo social. Un encuentro que, dentro de sus aportes más importantes, conllevó una revisión de los supuestos que soportaban la clínica sistémica. Por ejemplo, los terapeutas sistémicos, a pesar de la inclusión del observador, seguían trabajando con otro tipo de categorías ontológicas. Por ejemplo, los enfoques sistémico-constructivistas trabajaban con esquemas conceptuales, abstracciones equívocas, constructos problemáticos, entre otros.

En otras palabras, el construccionismo social marcó un antes y un después dentro de la clínica sistémica porque reconsideró las categorías clínicas y dio paso, contra todo pronóstico, a una nueva gama de conceptos y de prácticas terapéuticas. Gergen (2009) expresa:

Los terapeutas de pensamiento avanzado están abandonando el psicodiagnóstico en favor de equipos, conformados por representantes de varias profesiones de ayuda, junto con los familiares y personas bien informadas de la comunidad. Estos equipos deliberan acerca de posibles formas de comprender al individuo dentro de su contexto, y la mejor manera de seguir adelante. Hasta el momento, los resultados han sido impresionantes en la reducción de las hospitalizaciones y la prescripción de drogas. (p. 114)

Concretamente, el construccionismo social reconsideró la noción que se tenía sobre el yo. El yo es un concepto psicológico de origen moderno, el cual se concibe como un componente no material que está al interior de los individuos (Gergen, 2009). El construccionismo social, en cambio, concibe el yo como una serie de narraciones que no son posesiones del individuo sino que de las relaciones. Este punto requiere cierta agudeza porque dista de lo que se venía haciendo. Es decir, si bien hay una serie de terapias que trabajaban sobre las narraciones de los pacientes, sobre todo las terapias que trabajan en la reconstrucción de los significados, tal como sucede con la terapia narrativa de White y Epston (1993), la contribución construccionista se caracterizó por facilitar la emergencia de una terapia de carácter relacional. Más precisamente, el construccionismo “plantea el reto de trascender la reconstrucción o reemplazo del significado en la vida de los clientes como metáfora que guía la psicoterapia, y pone el énfasis en la generación de significado por la vía del diálogo” (Gergen, 2009, p. XII).

En síntesis, el construccionismo social concibe el lenguaje como un constructor de realidad y no tan sólo como un vehículo representacional. Por lo tanto, las descripciones y las explicaciones, las cuales son formuladas en el lenguaje, dejaron de ser espejos del mundo y pasaron a ser vistas como acciones discursivas dentro de una comunidad.

Con respecto a la clínica sistémica, el construccionismo social realizó aportaciones que se diferenciaban de la contribución constructivista. En efecto, la clínica sistémica de segundo orden, a pesar de su postura antirrepresentacionista, aún conservaba vestigios modernos y realistas. En cambio, el construccionismo social se deshizo de estos remanentes y dio paso a un nuevo abanico de conceptos: la mente relacional, la construcción de la enfermedad mental, la excarcelación del terapeuta, entre otras. En el próximo capítulo se abordan estas concepciones con mayor profundidad.



## MARCO METODOLÓGICO

El presente estudio es de carácter exploratorio y se lleva a cabo mediante un *método documental*. Además, asume una perspectiva epistemológica de inspiración hermenéutica, vale decir, reconoce la polisemia del texto y renuncia a la posibilidad de asir una verdad última y concluyente. Así pues, este estudio no busca aprehender una verdad escurridiza o que se oculta tras los textos. En otras palabras, los textos no esconden una verdad aprehensible y axiomática, sino que hay alguien que realiza una interpretación histórica y contextual.

Por lo tanto, la comprensión que realiza este estudio no pretende ser definitiva, no persigue ser la última palabra y, a la vez, tampoco anhela esclarecer el asunto de una vez por todas. Más aún, esta comprensión tan sólo construye un nuevo punto de vista. Vale decir, la interpretación es realizada por un lector-observador que posee una historia y un contexto (Fruggeri, 1998); que reconoce la existencia de significados preexistentes; y que, además, han sido socialmente construidos. En otras palabras, el lector-observador reconoce que su acto interpretativo es un ejercicio históricamente situado.

Tal como se dijo anteriormente, el estudio es de carácter exploratorio y se lleva a cabo mediante un *método documental*, es decir, se utilizan libros, papers y publicaciones científicas. Con respecto a las unidades de información, se emplean libros, papers y artículos de la filosofía del lenguaje, del pragmatismo, de la hermenéutica, del cognitivismo, de la teoría biológica del conocimiento, del constructivismo y del construccionismo social. Asimismo, se incluyen libros, papers y artículos de la clínica sistémica de primer orden, de segundo orden —modelo de Milán, terapia narrativa, entre otros— y, además, de los enfoques dialógicos y conversacionales. Ahora bien, desde ya se pueden deducir los límites de esta búsqueda: no se emplearán textos realistas, representacionistas, modernos o positivistas, a menos que sea para establecer un contraste en específico. La mayoría de los textos serán en español, no obstante, también se utilizarán documentos que estén escritos en inglés. Finalmente, la mayoría de estos textos incluirán

las palabras epistemología, representacionalismo, antirrepresentacionalismo, construccionismo social, constructivismo, sistémica, entre otras.

## **PLAN ARGUMENTAL**

A continuación se exponen algunas nociones que fueron cuestionadas y reconsideradas por el construccionismo social. Más precisamente, la clínica sistémica poseía un abanico de nociones que se daban por sentadas, vale decir, operaban como fundamentos inamovibles e incuestionables. Sin embargo, el construccionismo social, en un ejercicio revolucionario, subvirtió estos supuestos y, contra todo pronóstico, los reconsideró desde un nuevo marco comprensivo.

### **LAS REPERCUSIONES CLÍNICAS: TRASCENDIENDO LOS VESTIGIOS MODERNOS.**

#### **El yo y la mente dialógica.**

El construccionista le critica al constructivista atribuir la responsabilidad al yo, ya que esto resulta empobrecedor, y suponer que el sujeto es el origen del significado es reaccionario. (Agudelo & Estrada, 2012, p. 369)

¿Qué es el yo? ¿A qué alude la reflexión sobre el yo? ¿Dónde se encuentra el yo? ¿Es posible asirlo? Estas preguntas, y sin duda muchas otras, son parte de las interrogantes que la psicología se ha formulado. Estas preguntas resultan trascendentales porque así podremos saber quiénes somos, cuál es nuestra función o para qué estamos diseñados. Más aún, “los supuestos acerca del yo parecen fundamentales para toda empresa que nos proponamos llevar a cabo” (Gergen, 2006, p. 12)

El axioma construccionista, el cual sitúa la construcción del conocimiento en el lenguaje, comportó grandes cambios con respecto al yo y a la mente. En efecto, el axioma construccionista permitió reconsiderar estos supuestos psicológicos y ponerlos bajo un nuevo lente. Concretamente, estos conceptos sostenían gran parte de la clínica sistémica, tanto a nivel teórico como práctico, y gozaban de un estatus ontológico garantizado. Sin embargo, cabe destacar que el yo y la mente no son conceptos propiamente sistémicos, sino que pertenecen a gran parte de la psicología. Michael Foucault (1999), con respecto a este

punto, señala que la concepción tradicional de la mente no es inocente ni tampoco desinteresada, es más, argüía que la mente era un espacio de inscripción para el poder. En concordancia con lo anterior, Gergen (2009) señala que “al revelar los mecanismos de los esquemas cognitivos, el almacenamiento y recuperación de información, las emociones, y demás similares, el individuo científico mejora sus capacidades para predecir y controlar la actividad humana” (p. 95).

En la misma línea, Lynn Hoffman (1992) señala que el psicoanálisis, a principios del siglo XX, se esforzaba por construir “modelos cada vez más intrincados de secuencias intrapsíquicas y funciones estructurales” (p. 11). Por consiguiente, las problemáticas psicológicas, desde la lógica intrapsíquica, quedaban enclavadas al interior del individuo y, a la vez, se les asignaba un carácter estructural. Así, la psicoterapia se transformaba en una especie de sondaje de los compartimentos secretos y reservados del individuo.

Con respecto a la clínica sistémica, si bien el constructivismo conllevó una serie de reconsideraciones teóricas, algunos conceptos se mantuvieron incólumes y su matiz moderno se afianzó aún más. Por ejemplo, y como se dijo en un inicio, conceptos como el mundo y la mente gozaban de un estatus ontológico garantizado y, paradójicamente, la constructividad no operaba en ellos. Shotter (1993) profundiza sobre este punto:

Pero podemos ir más allá, y decir algo también acerca de lo que podríamos llamar el peso histórico o inercia de ciertas entidades construidas: algunas de las entidades de las que hablamos — especialmente nuestro sí mismo— poseen, parece, una naturaleza por lo menos parcialmente ya construida, que hace difícil deconstruirlas o reconstruirlas parcialmente. Parecen tener, en sí mismas, una cierta profundidad (p. 217)

Tal como fue expuesto, el constructivismo no se pudo deshacer de la totalidad de los vestigios modernos, ya que, como refiere Shotter (1993), el peso histórico de estas entidades fue demasiado grande. En efecto, el constructivismo postuló un observador

definido por su marco cognitivo y que se golpea contra su entorno. Así, el constructivismo enalteció al observador y se abrió a la posibilidad de una materialidad que no se puede conocer directamente. Agudelo y Estrada (2012) explican:

Ambas [la corriente constructivista y construccionista] concuerdan en que no hay una realidad objetiva. Sin embargo, el constructivismo acepta la presencia de una “materialidad”, aunque no se pueda conocer directamente, a diferencia del construccionismo, que plantea que todo lo que conocemos son pretensiones en competencia mutua. (p. 357)

Así pues, el constructivismo, al igual que el modernismo, terminó por encarcelar al terapeuta y al consultante dentro de sus mundos cognitivos y, por ende, los condenó a un molesto solipsismo. Dicho de otra forma, el observador y el consultante sólo podrían conocer sus universos cognitivos. Más aún, muchos constructivistas, aunque no lo reconozcan explícitamente, trataron y se esforzaron por objetivar el mundo mental: centraron su atención en la abstracción, la cognición, la representación, entre otros.

En cambio, para el construccionismo social el mundo y la mente “son constitutivos de las prácticas discursivas, están integrados en el lenguaje y, por consiguiente, están socialmente impugnados y sujetos a negociación” (Gergen, 2009, p. 61)”. Vale decir, estos supuestos no existen por fuera del lenguaje, ya no existen ahí. Shotter (1993) ejemplifica consigo mismo:

Porque es un hecho que mi versión de mí mismo (como científico social) no depende totalmente de mí (incluso, algunos aquí podrían objetar que yo me llame a mí mismo de esa forma y decir que “en realidad” soy un “psicólogo”), dado que el trabajo que hago, al principio, surgió para mí dentro de una cierta tradición intelectual y sólo sigue teniendo sentido dentro de esa tradición (p. 217)

Así, el construccionismo social generó una especie de exarcelación del terapeuta. Vale decir, libró al terapeuta de su prisión cognitiva y rompió con el molesto solipsismo. Más aún, el construccionismo propuso una visión dialógica de la mente que, hasta ese

momento, tan sólo había sido insinuada por algunos autores. Por ejemplo, Valentín Voloshinov (1973), el famoso lingüista ruso, se preguntaba a principios del siglo XX por la naturaleza de la psiquis. Voloshinov (1973) reflexionaba:

¿Qué tipo de realidad corresponde a la psiquis subjetiva? La realidad de la psiquis interior es la misma realidad que la del signo. Fuera del material de los signos no hay psiquis...Por su propia naturaleza existencial, la psiquis subjetiva debe localizarse en algún lugar entre el organismo y el mundo externo, en la frontera que separa estas dos esferas de realidad...La experiencia psíquica es la expresión semiótica del contacto entre el organismo y el ambiente externo (p.26)

Esta concepción resulta revolucionaria porque se distancia de la visión tradicional de la mente, vale decir, una mente enclavada al interior de un individuo y que, además, no puede ir más allá de los límites del organismo. Asimismo, esta noción recalca que la psiquis no tiene un carácter estructural, sino que es una especie experiencia que emerge entre dos mundos que se topan: el organismo y el ambiente externo.

Así, el construccionismo social, siguiendo la línea de Voloshinov (1973), conceptualizó la mente en términos dialógicos y relacionales. Shotter (1993) profundiza en esta nueva concepción:

En cambio, afirmaré que lo que denominamos como nosotros “pensando” refleja, esencialmente, las mismas características éticas, políticas y poéticas que las reflejadas por las transacciones entre las personas, afuera en el mundo. Esto se debe, como afirma Voloshinov (1973), a que aquello que consideramos “nuestros pensamientos” no se organiza primero en el interior de nuestro ser (en una “psiquis” o “mente” no material), para recibir, luego, una expresión exterior adecuada, o no, en palabras. En cambio: sólo se organiza en un proceso formativo o evolutivo que transcurre de un momento a otro, con marchas y contramarchas, en las fronteras de nuestro ser, e involucra negociaciones lingüísticamente mediadas similares a las que realizamos

en nuestros diálogos cotidianos con otros, en las cuales “el centro organizador de cualquier emoción, de cualquier experiencia, no está dentro sino afuera, en el medio social que rodea al individuo” (p. 214)

En la misma línea, Gergen (2009) señala que “las propias descripciones del mundo no son expresiones exteriores de un espejo interior de la mente, es decir, reportes externos de las “observaciones” o “percepciones” internas” (p. 100). Más extensamente:

...podemos considerar como reificante el supuesto de que el lenguaje mental refleja, representa o refiere estados reales dentro del individuo. Dicha orientación trata como real (como existentes ontológicos) aquello a lo cual el lenguaje parece referir. O, en otros términos, al tratar al lenguaje como si indexara distintos estados mentales, uno cae en la falacia de la concreción mal situada. Uno trata como concreto al objeto aparente del significante, en lugar del significante mismo. (Gergen, 2009, p. 284)

En términos simples, para el construccionismo social la mente adquiere un carácter extraterritorial y deja de estar enclavada al interior del cerebro. La mente, desde esta nueva perspectiva, excede los límites del organismo, se desplaza a la esfera de la relación y al espacio que hay entre las personas (Bertrando, 2012).

En consecuencia, los terapeutas sistémicos, a diferencia del pasado, ya no tienen que sondear las profundidades del yo o tratar de vislumbrar sus compartimentos más secretos. Desde esta nueva perspectiva, nuestra mente, y por ende nuestro yo, quedan expuestos y vertidos a las negociaciones lingüísticas y a las interacciones que se dan en nuestro medio social. En otras palabras, los compartimentos de la mente quedan a la luz y, por lo tanto, se diluye la noción de una mente hermética que debe ser conocida por las migajas que deja con su paso.

La concepción dialógica de la mente derribó los barrotes de la cárcel cognitiva, posibilitó que el terapeuta deje de ahondar en sí mismo y que, de ahora en adelante, preste atención a las relaciones y las prácticas lingüísticas en las que participa. Estas negociaciones penden, en gran parte, del contexto social que lo rodea. Gergen explica

En cambio, el principal foco de interés para el construccionista es el proceso microsical. El construccionista rechaza las premisas dualistas que dan lugar al «problema del funcionamiento mental». De este modo el emplazamiento de la explicación que dé cuenta de la acción humana se traslada a la esfera relacional. (Gergen, 2009, p. 62).

Además, las aportaciones constructivistas, previo a la excarcelación del terapeuta, hacían hincapié en la responsabilidad del observador. Vale decir, era el observador, o terapeuta en el caso de la terapia, quien debía ser autorreflexivo y ver de qué modo sus prejuicios, preconceptos o sus esquemas mentales incidían en la terapia. Sin embargo, la excarcelación del terapeuta comportó una visión renovada del terapeuta sistémico. El construccionismo social, a diferencia del constructivismo, no solicita que el terapeuta se auto-observe: el terapeuta ya no debe indagar dentro de él, ya no hay nada que encontrar ahí. En efecto, el construccionismo social plantea que la mente es dialógica, relacional y extraterritorial. Por lo tanto, el terapeuta debe prestar atención a las relaciones en las que participa y, de ese modo, evaluar cómo esas relaciones abren ciertas posibilidades y restringen otras. En palabras de Fruggeri (1998), el construccionismo social promueve la imagen de “...un observador que se encuentra definido en el contexto de las relaciones sociales en las cuales participa” (p. 42).

Sucintamente, el construccionismo social plantea que el observador, o terapeuta en el caso de la terapia, ya no está definido por el contexto de sus operaciones cognitivas o, como se dirá más adelante, por la circunscripción del individuo. En palabras de Harlene Anderson (1997), el construccionismo social trasciende la contextualización de la conducta y va más allá de una simple relatividad, puesto que el contexto es visto como un dominio de múltiples relaciones creadas en el lenguaje, donde las emociones, las comprensiones y los sentimientos son comunitarios.

### **El mundo en el lenguaje.**

El construccionismo social diluyó la posibilidad de que exista un mundo por fuera del lenguaje. En efecto, y como se dijo unas páginas atrás, el mundo no está por fuera del



lenguaje, solamente existen las versiones del mundo en el lenguaje o, en palabras de Wittgenstein (1918), “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (p. 116).

Tal como se dijo un capítulo anterior, las formas en que damos cuenta del mundo se sostienen por las vicisitudes del proceso social, no por la validez objetiva de las exposiciones (Gergen, 2009). Por ende, las proposiciones que consideramos como verdaderas, como por ejemplo las que refieren a un supuesto mundo externo, no hablan necesariamente del mundo, ya que, como se ha recalcado, no son capaces de pintarlo o representarlo. Inclusive, lo que barajamos sobre el mundo externo, ese mundo ahí afuera, no son más que proposiciones que dicen relación con nuestra empresa descriptiva y, por ende, con nuestra actividad lingüística. Rorty (1989) concuerda con este punto:

La verdad no puede estar ahí afuera —no puede existir independientemente de la mente humana— porque las proposiciones no pueden tener esa existencia, estar ahí afuera. El mundo está ahí afuera, pero las descripciones del mundo no. Sólo las descripciones del mundo pueden ser verdaderas o falsas. El mundo de por sí —sin el auxilio de las actividades descriptivas de los seres humanos— no puede serlo. (Rorty, 1989, p. 3).

Ahora bien, este punto requiere cierta agudeza para no caer en comprensiones apresuradas y a veces inocentes. El construccionismo social no niega la existencia de un mundo externo. No se opone, aunque algunos lo crean así, a la posibilidad de que exista un mundo allá afuera. Sin embargo, deja en claro que cuando hablamos del mundo lo hacemos a través del lenguaje y, por ende, generamos, lo queramos o no, un proceso de construcción.

Esta sutil diferencia puede ocasionar, si no es bien entendida, una serie de comprensiones apresuradas. Por ejemplo, el representacionalismo, dentro de sus críticas más conocidas, señala que el construccionismo niega el mundo y que nos lleva a una especie de relativismo lingüístico: es decir, todo dependería del lenguaje y nada quedaría por fuera. No obstante, esta crítica resulta un tanto apresurada y no capta la sutileza del axioma construccionista. En efecto, el construccionismo social no proscribía la posibilidad de un

mundo por fuera del lenguaje, sino que recalca que las proposiciones sobre el mundo no son propias del mundo externo. Más bien, las proposiciones que poseemos acerca del mundo son propias de nuestra actividad descriptiva y, en consecuencia, de los múltiples juegos de lenguaje en los que participamos. En términos simples, “proponer que vivimos en un mundo socialmente construido no lo hace un mundo con menos importancia” (Gergen, 2009, p. 102)

### **La enfermedad mental como construcción cultural.**

Hace mucho tiempo que la comunidad científica contempla con escepticismo las dominantes pretensiones de conocimiento que se encuentran en todas las profesiones de la salud mental. Se sostiene que son muy pocas las justificaciones que los profesionales de la salud mental tienen para sostener sus pretensiones de conocimiento acerca de las patologías y las curas. Las críticas también han arremetido contra las formas tradicionales de la terapia, por su excesiva preocupación con lo individual. Como se argumenta, dichas teorías son ciegas a las amplias condiciones culturales con las que las dificultades psicológicas pueden estar conectadas de manera significativa. (Gergen, 2009, p. 194)

Los manuales diagnósticos, sobre todo el DSM y el CIE, se posicionaron como una herramienta que permite diagnosticar, estudiar, aumentar la comunicación entre los profesionales de la salud mental y, a la vez, clasificar los trastornos que las personas padecen. Estos manuales fundamentaron su capacidad diagnóstica y clasificatoria en los datos empíricos y la metodología descriptiva.

El diagnóstico, en la mayoría de los ámbitos médicos, tiene por objetivo identificar una enfermedad, un síndrome o una determinada entidad nosológica. A través de los síntomas, signos y exploraciones complementarias, el diagnóstico busca establecer qué enfermedad padece una persona. En el caso de la psiquiatría y de la psicología clínica, el papel que ha desempeñado el diagnóstico es sumamente similar al de otras ramas médicas. De acuerdo a Duero & Shapoff (2009), la concepción médica tradicional culmina, de una u

otra forma, en la ontología psiquiátrica de Pinel, quién se ocupa de clasificar las enfermedades mentales con el espíritu naturalista de Lineo y siguiendo el modelo botánico de organización. Estos autores explican:

Partiendo de un supuesto semejante, la psiquiatría ha pretendido establecer un sistema de clasificación de las llamadas “enfermedades mentales”, análogo a los sistemas taxonómicos del campo médico: el diagnóstico psiquiátrico resultaría de la lectura semiótica que serían expresión del funcionamiento infraestructural anormal del sistema nervioso. (Duero & Shapoff, 2009., p. 22)

En efecto, el modelo biomédico y el enfoque psicodinámico conciben los síntomas como una “malfunción debida a causas biológicas o fisiológicas, o a un acontecimiento reprimido del pasado. En ambos modelos, el individuo es el locus de la malfunción, y la etiología está conectada con una imperfección de sus genes, bioquímica o desarrollo intrapsíquico” (Hoffman, 1992, p. 17) Gergen (2009) complementa:

Desde el punto de vista moderno, la conducta desviada o atípica se atribuye a las patologías mentales, y la tarea del profesional de la salud mental —como la profesión de la medicina— es identificar y tratar tales desórdenes. Sin embargo, al aceptar tales supuestos, la profesión actúa de manera que objetiva la enfermedad mental, incluso cuando existen muchos medios alternativos para interpretar o comprender el mismo fenómeno (p. 194)

Incluso, las etiquetas diagnósticas provienen de un contexto que nada tiene que ver con los destinatarios. Más precisamente, las etiquetas diagnósticas son formuladas por comunidades científicas que pasan por alto las particularidades culturales y comunitarias. Seguí y Olivé (2012) profundizan:

Instituciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS) o la American Psychiatric Association (APA) son enormes máquinas de producción de poder y dominación sobre las personas, especialmente esta última. Una institución de orientación claramente biomédica y compuesta en su mayor parte por expertos de un lugar concreto del mundo decide quién es normal o no, qué es bueno o malo para la salud mental de millones de personas cuyas culturas y formas de vida nada tienen que ver con ese lugar del mundo, dicho sea con todo el respeto para sus habitantes. (p. 2)

La clínica sistémica, en cambio, concibió las enfermedades mentales de un modo totalmente diferente. Más aún, la clínica sistémica zanjó claras diferencias con la noción médica y con el enfoque psicodinámico (Hoffman, 1992). Por ejemplo, la esquizofrenia ilustra perfectamente esta nueva concepción y, por ende, la forma de abordar la patología mental. Más precisamente, la esquizofrenia, durante mucho tiempo, fue vista como un trastorno de carácter orgánico y de origen genético. En cambio, la clínica sistémica, de forma revolucionaria, entendió la esquizofrenia como un trastorno comunicativo y de carácter relacional. Lynn Hoffman (1992), con respecto a la esquizofrenia, refiere lo siguiente:

De hecho, acaso no fuesen ni siquiera desórdenes; antes bien, se les podría considerar como manifestaciones ordenadas, que tenían sentido en las familias o en otros marcos sociales en que surgían (...) Así fue posible abandonar lo que estaba convirtiéndose, en opinión de muchos, en un modelo ya caduco... (p. 16)

Ahora bien, las aportaciones construccionistas permitieron radicalizar aún más la concepción sobre la enfermedad mental —entiéndase por radical una visión contrapuesta a la psicodinámica y a la medicina tradicional—. Concretamente, la clínica sistémica, gracias a la aportación construccionista, tomó distancia con la concepción tradicional de las enfermedades mentales. Específicamente, el construccionismo señala que los sistemas clasificatorios otorgan un status ontológico a la enfermedad mental, vale decir, eliminan los

significados de sus contextos culturales e históricos (Gergen, 2009). Por ello, el construccionismo “se dedica a analizar aquellos significados propios de la ciencia y la psicología, poniendo de manifiesto cómo la psicología va problematizando el lenguaje cotidiano y generando categorías enajenantes como la enfermedad mental” (Inostroza, 2010, p.2).

Si bien el constructivismo comportó grandes cambios en este sentido, la clínica sistémica siguió trabajando con otro tipo de categorías ontológicas: constructos problemáticos que requerían ser intervenidos, narrativas que eran propiedad del individuo, entre otras. En cambio, el construccionismo social eliminó todo tipo de garantía ontológica, por lo tanto, las enfermedades dejaron de existir por fuera de los contextos y de la cultura. Incluso, el construccionismo arguye que es precisamente la cultura lo que constituye lo problemático. Gergen profundiza sobre este punto:

Pero, a medida que el acento se desplaza a la construcción lingüística de la realidad, las enfermedades y los problemas pierden el privilegio ontológico. Dejan de estar «ahí» como constituyentes de una realidad independiente y se sitúan entre la gama de construcciones culturales. Por consiguiente, uno puede hablar de problemas, de sufrimiento y de alivio, pero este tipo de términos siempre se consideran que califican la realidad sólo desde una perspectiva particular. No hay problemas más allá del modo en que una cultura los constituye como tales. Por un lado, esta conclusión sugiere primero que el proceso de diagnóstico, o de «localizar el problema», es innecesario (Gergen, 2009, p. 213)

Sin embargo, si la cultura constituye lo problemático, ¿entonces sobre qué cimientos se sostiene la terapia?; ¿cómo se entiende la terapia de ahora en adelante?; ¿cómo se justifican las acciones terapéuticas si las enfermedades mentales no existen en el mundo?; ¿cuáles son las consecuencias éticas de esta nueva concepción?

## LA TERAPIA

### La recuperación de lo local.

La clínica sistémica, mucho antes de la irrupción del construccionismo social, ya prestaba atención al significado y a su importancia terapéutica. Por ejemplo, la Escuela de Milán y la Escuela de Palo Alto pusieron de manifiesto la importancia del lenguaje. Sin embargo, el construccionismo social marcó un antes y un después porque reconsideró la concepción que se tenía, hasta ese momento, sobre la semántica. Gergen (1996) explica:

Este movimiento [el construccionista] se aleja de la idea tradicional que ubica el significado en la mente individual para postular que son las relaciones las que lo crean. Pasa así de una construcción individual a una construcción social. Para algunos, este es un cambio sutil y los ajustes a él son menores. Sin embargo, en su forma más radical, es un cambio que subvierte, nada más y nada menos, todos los fundamentos del pensamiento y la acción terapéuticos (p. 2)

Así pues, la terapia sistémica, gracias a la aportación construccionista, logró diferenciarse de la terapia narrativa y de los enfoques sistémicos constructivistas. De ahora en adelante, los significados, y por tanto las narraciones de los consultantes, ya no eran propiedad de éstos sino que de las relaciones. Este punto, aunque sea visto como un pormenor, se liga estrechamente con la concepción dialógica de la mente. Particularmente, las narrativas ya no pueden ser propiedad del individuo porque la mente tiene un carácter extraterritorial. En otras palabras, las narrativas ya no ocurren en la circunscripción del organismo.

Por otra parte, gran parte de la investigación terapéutica, tanto en el pasado como en el presente, opera mediante la observación desapasionada y objetiva. El terapeuta, en este caso, se transforma en una especie de examinador y el paciente, por su parte, intensifica su condición pasiva y desempoderada. Con respecto a este punto, Gergen (1996) explica:

...es el análisis riguroso [según la observación desapasionada y objetiva] el que permite entender el comportamiento normal y el patológico

verdadera y objetivamente. Es más, es la continuidad en la investigación la que permite conocer cuál práctica terapéutica será la más eficaz en el tratamiento de la anormalidad (Gergen, 1996, p. 3).

Sin embargo, para el construccionismo social las teorías sobre la conducta humana no se derivan de la observación, sino que provienen de una estructura de inteligibilidad compartida. Esto es, “las convenciones de inteligibilidad que comparte un grupo específico son las que determinarán cómo se interpreta el mundo que se observa” (Gergen, 1996, p. 3) o, en términos simples, los investigadores, o terapeutas en el caso de la terapia, crean los hechos que dicen estudiar u observar. Más extensamente:

Puesto que las teorías proporcionan la base para una construcción del mundo, no hay manera de que entre ellas se utilicen las pruebas empíricas. Cada "prueba", inevitablemente, construye su propio mundo de los hechos considerados como relevantes. Lo mismo sucede con el análisis por resultados, ya que un resultado positivo puede significar una regresión o la exacerbación del problema, dependiendo del enfoque. (Gergen, 1996, p. 3).

En términos simples, el construccionismo social, a diferencia de sus predecesores, nos invita a dejar de lado todo tipo de fundamentos. Por ejemplo, dejar de lado las etiquetas diagnósticas, la noción de efectividad, la comparación de resultados, entre otros aspectos. Más aún, el construccionismo social propuso la recuperación de lo local y de lo que ha sido acallado. ¿Pero qué significa la recuperación de lo local?; ¿Qué significa recuperar lo que ha sido acallado o subyugado? Agudelo y Estrada (2012) explican:

La implicación epistemológica de esto es que no tiene sentido hacer estudios de eficacia, ya que ninguna técnica es universal ni independiente del contexto discursivo y no existen criterios universales de éxito o fracaso. La aceptación de que todo es pura retórica coloca al terapeuta en una posición de humildad. (p. 369)

A ojos de los críticos, la recuperación de lo local significa un retroceso en la investigación psicoterapéutica. Concretamente, la psicoterapia, hasta el día de hoy, trata de

estandarizar y de extrapolar sus resultados —estudios sobre variables específicas e inespecíficas que inciden en la terapia, estudios sobre impacto y resultados, entre otros—. Sin embargo, el construccionismo social “prefiere el conocimiento local, circunscrito a un contexto, autor, personajes y momento histórico; rehúye las metateorías, las afirmaciones universales sobre cómo ocurren las cosas y, por consiguiente, las técnicas psicoterapéuticas, en pro de la espontaneidad de las prácticas discursivas locales” (Jubés, Laso & Ponce, 2000, p. 8). En la misma línea, Seguí y Olivé (2012) añaden:

Desde esta orientación [construccionista] no se propone ningún tipo de técnicas o métodos específicos al uso. Es más bien una mirada filosófica y práctica, una perspectiva comprensiva cuyo objetivo último es buscar la forma de crear posibles mundos mejores sin prescribir recetas tecnológicas o metodológicas sino potenciando la capacidad creativa e imaginativa del ser humano (p. 8)

Lo anterior “equivale a abrir la puerta a voces alternativas en el seno de la cultura, voces desdeñadas durante mucho tiempo por su falta de una ontología, epistemología y metodología subsidiarias aceptables” (Gergen, 2009, p. 47). Así, lo local adquiere valor y “este tipo de voces ya no son acalladas a causa de la ausencia de los datos necesarios” (Gergen, 2009, p. 47).

Así pues, la recuperación de lo local conllevó una serie de consecuencias prácticas e investigativas. Primero, no tiene sentido hacer estudios de eficacia porque, tal como señala Jubés, Laso y Ponce (2000), “ninguna técnica es universal e independiente del contexto discursivo, y segundo, porque tampoco existen criterios universales de éxito o fracaso” (p. 8). Estos autores añaden:

La implicación práctica [del construccionismo], que el psicoterapeuta ha de tomar por modelos a los retóricos de la Grecia clásica, los sofistas, y no a Skinner, Wolpe o Beck; que ha de utilizar las prácticas rituales disponibles en su ámbito cultural, no importar otros (Jubés et. al., 2000, p. 8).



Segundo, no es obligatorio que el terapeuta asuma una postura neutral, que acalle sus emociones, que defina una estrategia de intervención o que estructure una devolución determinada. Basta con lograr que el discurso continúe y que las voces silenciadas consigan un espacio (Jubés, Laso y Ponce, 2000)

No obstante, los detractores del construccionismo social han efectuado una serie de críticas en contra de la recuperación de lo local. Por ejemplo, algunos autores señalan que el terapeuta, al momento de aceptar que todo es pura retórica, queda en una total indefensión técnica (Jubés, Laso y Ponce, 2000). Más extensamente:

Ya no dispone de ningún conocimiento privilegiado sobre la mente o los problemas; se libera de la necesidad de pronunciarse sobre sus pacientes, y los insta, más bien, a encontrar sus propios desenlaces, y a cuestionar sus intervenciones como las de cualquiera de ellos. (Jubés et al., 2000, p. 9)

Ahora bien, estas críticas dejan entrever una detracción mucho más profunda y que aún no se devela. Concretamente, las críticas visualizan la recuperación de lo local como una banalización de la terapia. En otras palabras, la recuperación de lo local, a ojos de los críticos, trivializaría la terapia y desjerarquizaría al terapeuta. Más precisamente:

Si la mejor justificación [de la terapia] es sólo «una argucia retórica», y si, por tanto, no podemos basarla en nada que no sea nuestra «voluntad» de perseguirla («voluntad» que, por añadidura, no nos pertenece); si cualquier argumento es rebatible, cualquier posición defendible, cualquier opción permisible por igual, ¿en qué dirección avanzar? ¿Dónde posicionarse? Como si para adoptar una posición hubiese que quedarse inmóvil; como si decir que «todo conocimiento es relativo» fuese decir que «por tanto, ningún conocimiento es digno de confianza», que «hemos de estar dispuestos a abandonarlo a la primera señal de alerta». El exceso de alternativas (debido a la inexistencia de criterios) no libera: por el contrario, paraliza —como lo sabe de sobra cualquier neurótico obsesivo—. (Jubés, Laso & Ponce, 2000, p. 10)

Con respecto a lo anterior, ¿cómo responde el construccionismo frente a estas críticas?; ¿es realmente el construccionismo una banalización de la terapia?; ¿dónde se sostiene la terapia de ahora en adelante?

### **La terapia: un proceso de generación de alternativas.**

Hacemos preguntas desde nuestra propia forma de entender y se las ofrecemos al otro para que así, él o ella, desde sus propias coherencias, desde sus propias significaciones, reflexione en su propio sistema de significados (Zlachevsky, 2003, p. 58).

Algunos terapeutas que han incorporado las contribuciones construccionistas, definen o entienden la terapia como un proceso que “consiste en contar y recontar historias familiares; en las redescpciones que se acumulan a través de la conversación; en los diferentes significados conferidos a los sucesos del pasado, del presente y del futuro imaginado” (Anderson, 1999, p. 304). De ese modo, los clientes desarrollan, en una terapia exitosa, “nuevas historias propias, nuevas narrativas en primera persona que cuentan una historia más tolerable, coherente con la intención y el obrar actuales” (Anderson, 1999, p. 301). Anderson (1999), con respecto a este punto, añade:

Las personas [una vez terminada la terapia] cuentan sus narrativas en primera persona, de modo que pueden transformar sus identidades en otras que les permitan entender su vida y sus aconteceres, se abren muchas maneras posibles de ser y actuar en el mundo en cualquier momento y en cualquier circunstancia, y les ayuda a conseguir y expresar o ejecutar su creatividad o su sentido de autonomía (p. 305)

A pesar de lo anterior, el construccionismo social deja en claro que no existe una forma construccionista de hacer terapia. ¿Paradójico?; ¿el asunto se complejiza aún más?; ¿entonces qué? Pues bien, el construccionismo social llama a la calma porque estas definiciones, aunque parecen determinantes, no pretenden ser concluyentes sino que son

parte de la conversación entre los profesionales. Más precisamente, gran parte de los terapeutas sistémicos, de orden construccionista, han incorporado las definiciones terapéuticas como conversaciones potenciales. Específicamente, las definiciones que ellos realizan operan más bien como invitaciones al diálogo. En un sentido bajtiniano (1999), son definiciones que vienen preñadas de respuesta.

¿Pero qué significa esto?; ¿definiciones preñadas de respuesta?; ¿con qué dice relación? Pues bien, recordemos que las palabras, y por ende todo tipo de enunciado, tienen un carácter responsivo. De ahora en adelante, las definiciones que formula un terapeuta tan sólo buscan ser un puente con el otro, ya sea un lector, colega u otro profesional. Dicho de otra forma, las definiciones que realiza un terapeuta no pretenden ser impecables, tan sólo persiguen la negociación y vuelven al oyente, de una forma muy sutil, en todo un hablante.

Así pues, los terapeutas que han incorporado el construccionismo no pretenden solidificar el diálogo cultural. En efecto, expresar “esto es terapia construccionista” sería una especie de cristalización del significado, vale decir, suponer que el significado no muta a través del tiempo. Más extensamente:

En cuanto a la práctica terapéutica, se invita al terapeuta enriquecerse con la inteligibilidad terapéutica, a hacer uso de todo lo que le sirva de su contexto inmediato. Bajo estos términos, no existe un solo "método construccionista social" de terapia. Cuando se formaliza un método - cuando se canonizan sus conceptos - se congela el significado cultural. Esto implica que la construcción eficaz de un significado en el presente va a permanecer a través del tiempo, de las circunstancias, y del contexto de la interpretación (Gergen, 1996, p. 4)

Resultaría contradictorio que el construccionismo social formalizará una forma de hacer terapia. Incluso, proponer una forma o un modelo terapéutico contradeciría la totalidad de su cuerpo teórico. Es más, el construccionismo no pretende, ni siquiera en un futuro lejano, llegar a una conclusión sobre qué es la terapia o cuáles son sus límites.

En consecuencia, el construccionismo social realiza una invitación sumamente particular y revolucionaria: nos invita a habitar la contingencia y a operar desde allí. ¿A qué apunta esta invitación? ¿En qué consiste? ¿Cuáles son las consecuencias de esta invitación? La respuesta no es menor porque conlleva una serie de desafíos terapéuticos. Primero, el construccionismo social nos invita a la contingencia misma o, más precisamente, a la posibilidad de que ocurran ciertas cosas, hechos o eventos en el proceso terapéutico, o que simplemente no ocurran. Segundo, la contingencia permite, y sobre todo al terapeuta, romper con todos los límites convencionales, acabar con las restricciones, abre un sinnúmero de alternativas y facilita la ansiada transformación, asunto que trataremos más adelante.

Por otro lado, si las enfermedades no existen ahí, independientes de las construcciones culturales, ¿entonces cómo se justifican nuestras acciones curativas? Vale decir, ¿cómo se justifica el tratamiento —en este caso la terapia— y la cura de una enfermedad si éstas no poseen un estatus ontológico? (Gergen, 2009). Dicho en términos simples, ¿sobre qué cimientos queda sostenida la terapia de ahora en adelante? Si bien el construccionismo señala que la cultura constituye la enfermedad, también resalta la imposibilidad que tenemos para estar por fuera de la cultura. Por lo tanto, la terapia, al igual que la enfermedad, no puede eludir la cultura o estar fuera por ella. Sin embargo, el construccionismo social nos ofrece dos alternativas: primero, podemos desarrollar curas que consideramos “reales” para enfermedades que consideramos “reales” o, segundo, podemos trabajar en la creación realidades alternativas. Gergen, con respecto a este punto, refiere extensamente:

Igualmente problemático es el concepto relacionado de «cura». Si en la naturaleza no hay «enfermedades», entonces ¿qué quiere decir «cura»? Con todo, formular la pregunta a este nivel hace que la profesión toda se vea sacudida por ráfagas de dolor. Ya que si se sacrifica el concepto de cura, la función de la terapia también es puesta en tela de juicio. Si no hay problemas en realidad y tampoco soluciones, entonces, ¿cómo se justifica la terapia? ¿Por qué la gente buscaría ayuda terapéutica, por qué uno entraría en la especialización profesional, y por qué la gente sería

gravada por estos servicios? Seguramente, en principio, la discusión de este tipo de preguntas carece de límites (¿Por qué, al fin y al cabo, uno debe hacer algo?... ¿Sólo porque existe una justificación adecuada?). Sin embargo, en último análisis no podemos eludir la cultura; no podemos quitarnos de en medio para preguntar cómo actuaríamos en un mundo que está sin construir. Podemos continuar representando los rituales en los que aceptamos a los demás como seres que tienen dolor real para el que existen curas reales, o podemos ubicar o desarrollar realidades alternativas. Pero no podemos vivir fuera de una constitución de lo real (p. 213 – 214).

Entonces, ¿sobre qué cimientos se asienta la terapia de ahora en adelante? La terapia sistémica, gracias a la irrupción del construccionismo, queda sostenida sobre la propia contingencia o, como se dijo anteriormente, sobre la posibilidad de que ocurran ciertas cosas, hechos o eventos en el proceso terapéutico, o que simplemente no ocurran. La contingencia permite que las prácticas terapéuticas sean vistas como provisionarias; posibilita que el terapeuta se enriquezca de su contexto inmediato; deshace las cortezas ontológicas de la terapia; y, finalmente, permite la generación de alternativas terapéuticas y, tal como se dijo previamente, posibilita la ansiada transformación. Anteriormente, la clínica sistémica se apoyaba en procedimientos que se encontraban avalados y que contaban con respaldo estadístico. Es más, los estudios sobre variables específicas e inespecíficas otorgaban sustento a la terapia y legitimaban su ejercicio. Así, las prácticas terapéuticas se terminaban por solidificar, el diálogo entre los profesionales se convertía en un monólogo y las alternativas tendían a silenciarse.

Por ejemplo, cuando las personas buscan psicoterapia tienen una historia que relatar. Las historias pueden ser variadas y sumamente disímiles. En efecto, algunas son preocupaciones, rabia en torno a algún tema, una historia desesperanzada que va en contra del bienestar del consultante, perturbaciones del funcionamiento habitual, entre otros (Gergen, 2009). Zlachevsky (2003) señala:

Cuando la persona llega a terapia, tiene una historia que contar. Una historia en donde él o ella es el personaje principal. El cuento particular y único que a la vez está inserto en una narrativa más amplia y que configura el sistema de creencias en el que esa persona vive. (p. 51)

Dicho de otra forma, las personas se topan con “problemas para los cuales sus explicaciones del mundo no los habían preparado. Han descubierto una realidad horrible que ahora despoja de valor todas las comprensiones pasadas que tenían un valor de supervivencia” (Gergen, 2009, p. 189). Sin embargo:

...normalmente son muy pocos los esfuerzos que se realizan para cuestionar los contornos de la historia, determinar su utilidad o viabilidad relativa. ¿Podría estar equivocado el cliente o definiendo las cosas de una manera que no resulta óptima? Frecuentemente, tales preguntas permanecen sin explorar. Al aceptar la “historia tal como es contada”, la definición del problema permanece rígida. Como resultado, se restringe el rango de posibles opciones de acción (Gergen, 2009, p. 190)

En efecto, el terapeuta moderno considera, comúnmente, que las narraciones del paciente son imprecisas y de poca confiabilidad. Más aún, el valor de las narraciones sería limitado en la comprensión de la vida de los individuos, a diferencia del valor que se le otorga a las descripciones del terapeuta entrenado. En cambio, el construccionismo social cuestiona “la práctica tradicional de reemplazar las historias del consultante con las alternativas rígidas y estrechas del terapeuta modernista” (Gergen, 2009, p. 198). Es más, la clínica sistémica, gracias a la aportación construccionista, dejó de lado la asimetría que la caracterizaba y dio paso a una relación horizontal. Con respecto a este punto, Zlachevsky (2003) señala:

Respeto por la forma de entender del sistema consultante, considerando todo el tiempo que es él quién sabe de sí mismo, lo que quiere mantener y lo que quiere cambiar. En otras palabras, él es el experto en su propia vida. Nosotros nos asumimos como expertos en hacer preguntas, en una postura de no saber, respetando lo que otros terapeutas han llamado la

irreverencia terapéutica, con el único objeto de que el paciente encuentre en su propio sistema reflexivo de creencias una significación alternativa que le permita desentramarse del sufrimiento por el que vino a consultar.  
(p. 61)

Así pues, el construccionismo abrió un espacio para que la terapia ya no consista en el reemplazo de las narrativas o la sustitución de los significados del consultante. Más precisamente, la construcción de significados, a ojos del construccionismo, está inserta en una determinada propuesta social. Por ende, “no es posible cualquier significado, ni tampoco ofrecer al sistema consultante cualquier explicación. Depende en gran medida del sistema social de significados, de la red que tenga sentido para quien consulta” (Zlachevsky, 2003, p. 60).

En síntesis, el terapeuta sistémico y el consultante, gracias a la irrupción del construccionismo, “forman una relación que brinda recursos a ambos, y en términos de la cual se pueden labrar los contornos del futuro” (Gergen, 2009, p. 198). Más extensamente:

...el cambio en la terapia es la creación dialogal de la nueva narración y, por lo tanto, la apertura de la oportunidad de una nueva mediación. El poder transformador de la narración descansa en su capacidad para re-relatar o re-relacionar los hechos de nuestras vidas en el contexto de un significado nuevo y diferente. Vivimos en y a través de las identidades narrativas que desarrollamos en la conversación (Anderson & Goolishian, 1992, p. 48)

### **El carácter sistémico: desde la relación hacia el lenguaje.**

Tal como se esbozó en un inicio, la unidad de análisis relacional fue la que caracterizó a la clínica sistémica. En efecto, la unidad de análisis relacional caracterizó a la clínica sistémica de primer orden y de segundo orden. Sin embargo, la posibilidad de que un terapeuta pueda aprehender o asir las relaciones de un sistema, tiene a la base el supuesto de que la mente funciona como un espejo y que el lenguaje puede representar el

mundo. Es decir, las distinciones de un observador, o en este caso un terapeuta, podrían aprehender las relaciones de una familia, de una pareja o de un individuo. Asimismo, el terapeuta podría detectar, bajo ese supuesto, el problema que padece la familia, intervenirlo y/o reorganizar las relaciones de un modo saludable.

Sin embargo, ¿qué sucede con la clínica sistémica si las distinciones relacionales de un terapeuta son formuladas en el lenguaje? El lenguaje, tal como hemos visto, es un constructor de realidad y no tiene la capacidad de representar un hipotético mundo externo. Por lo tanto, si las descripciones relacionales de un terapeuta no son representaciones del mundo, entonces, ¿dónde se asienta, de ahora en adelante, el carácter sistémico de la clínica?

El construccionismo social, junto con socavar una serie de supuestos sistémicos, también situó la unidad relacional en otro sitio y proporcionó una nueva forma de entender lo sistémico. Específicamente, el carácter sistémico de la clínica se desplazó desde la unidad relacional, la que se creía que podía ser asida, hacia la palabra y a los juegos de lenguaje. Gergen explica:

...las descripciones y las explicaciones ni se derivan del mundo tal como es, ni son resultado inexorable y final de propensiones genéticas o estructurales internas del individuo. Más bien, son resultado de la coordinación humana de la acción. Las palabras adquieren su significado sólo en el contexto de las relaciones actualmente vigentes. Son, en los términos de Shotter (1984), el resultado no de la acción y la reacción individual sino de la acción conjunta. O en el sentido de Bakhtin (1981), las palabras son inherentemente «interindividuales» (p. 45)

Por lo tanto, la clínica sistémica ya no se denomina de ese modo porque pueda describir o asir los sistemas. La clínica sistémica se sigue llamando así porque la unidad relacional se trasladó hacia la palabra y a los juegos de lenguaje, ya que es ahí donde reside su naturaleza interaccional e interindividual. Más precisamente, las palabras ya no son algo fijo, las palabras ya no representan el mundo y no actúan como un espejo. Todo lo contrario, las palabras, tal como señalaba Bajtín (1999), vienen preñadas de respuesta, nos



movilizan, cuentan con un carácter responsivo y, como diría Voloshinov (1973), nos permiten establecer un puente entre el yo y el otro. Así pues, la palabra estructura un puente invisible que coordina acciones y movimientos entre los hablantes.

## EL PROCESO DE FUSIÓN

### **El mutismo ontológico del construccionismo social: la inexistencia de sólidos.**

Si nuestras concepciones de lo real y del bien son construcciones culturales, entonces la mayor parte de nuestras prácticas culturales pueden igualmente pasar a ser consideradas como algo contingente. Todo cuanto es natural, normal, racional, obvio y necesario está —en principio— abierto a la modificación. Aunque las tradiciones de la crítica y del desarraigo son recursos valorables ya que generan la efervescencia, en sí mismos son insuficientes. Esto es primeramente así a causa de su carácter simbiótico; su inteligibilidad depende de aquello a lo que se oponen. Para la transformación social se requieren nuevas visiones y vocabularios, nuevas visiones de la posibilidad y prácticas que en su misma realización empiezan a trazar un curso alternativo (Gergen, 2009, p. 54)

Ahora bien, las nociones construccionistas, ya sea la mente dialógica o la recuperación de lo local, no pretenden ser concluyentes, innegociables o definitorias. Dicho de otra forma, no buscan decir qué hay y qué no hay, qué existe y qué no. Es más, el construccionismo social no persigue ser verdadero o tomar una posición que está más allá de toda pregunta (Gergen 2009). Sandoval (2010), con respecto a este punto, añade lo siguiente:

...el construccionismo no pretende ser una teoría propiamente tal, sino más bien, un intento metateórico por construir una alternativa a la hegemonía del empirismo en la epistemología, del conductismo y del cognitivismo en la teoría y del experimentalismo en la metodología, la trilogía que fundamenta el núcleo de inteligibilidad de la psicología moderna. (p. 32)

Así pues, el construccionismo insta a que nos preguntemos lo siguiente: “¿Cuáles son los beneficios y las pérdidas para nuestra manera de vivir que se siguen de cada enfoque? ¿En qué sentido contribuyen estos discursos a nuestro bienestar y en qué sentido ofuscan nuestros fines?” (Gergen, 2009, p. 71). En otras palabras, el construccionismo social no pretende generar aquello que critica. En efecto, gran parte de las teorías buscan

asentar sus conceptos, erguirlos de forma incuestionable y prescribir las alternativas. Dicho de otro modo, las teorías, a ojos del construccionismo, edifican conceptos que se asemejan a sólidos inamovibles.

En cambio, “los argumentos de los construccionistas, en general, son contrarios a las formulaciones fijas y finales, inclusive aquellas que ellos mismos elaboran” (Agudelo & Estrada, 2012, p. 366). En efecto, para el construccionismo social no hay nada que esté por encima de la invitación a conversar (Gergen, 2009). Por ello, el construccionismo social se declara “ontológicamente mudo. Cualquier cosa que sea, simplemente es” (Gergen, 2009, p. 65). Más precisamente, cuando intentamos articular lo que hay nos adentramos inevitablemente en el universo del discurso y, de una u otra forma, damos inicio al proceso de construcción. Por ello, el construccionismo social “sugiere que sin las formas del lenguaje no podríamos ni siquiera decir que hemos experimentado algo. En este sentido, las diversas formas lingüísticas son condición necesaria para tener una experiencia y conocimiento de nuestras experiencias” (López-Silva, 2013, p. 19). En consecuencia, los conceptos como mundo, mente o terapeuta pierden su garantía ontológica, y pasan a ser constitutivos de prácticas discursivas y a estar integrados en el lenguaje.

Los procesos de construcción, generalmente, son los que tienden a avanzar hacia la reificación del lenguaje –tendencia cosificadora—, base que presta poder retórico al realista. Sin embargo, ¿hay exposiciones objetivamente más exactas que otras? (Gergen, 2009) La respuesta es no, no hay forma para poner a un lado las palabras y al otro lado lo que hay, “y de este modo asignar identidades que trasciendan las convenciones de una comunidad particular. La adecuación de cualquier palabra o disposición de palabras para «captar la realidad tal como es» es una cuestión de convención social” (Gergen, 2009, p. 65).

Por ende, “lo que sea que existe simplemente existe, sin importar nuestras prácticas lingüísticas. Sin embargo, una vez que comenzamos a describir o explicar lo que existe, inevitablemente procedemos a partir de una preestructura de inteligibilidad compartida” (Gergen, 2009, p. 100) En consecuencia, las prácticas lingüísticas, desde esta lógica, pierden la solidez que ostentaban y comienzan a agrietarse.

Por lo tanto, si las nociones construccionistas no pretenden ser concluyentes o definitivas, ¿cuál será, entonces, la singularidad de los aportes construccionistas para la clínica sistémica? ¿Qué habrá por sobre estos conceptos? Si las aportaciones construccionistas no se reducen a un simple abanico de conceptos, ¿qué habrá por sobre lo aparente?

### **Generatividad: la fusión de los sólidos.**

Hace tan sólo pocos años, lo único que se podía hacer era especular sobre las posibles aportaciones de esa nueva orientación [el construccionismo social] y conjeturar acerca de cuál podía ser su futuro en la disciplina: ¿se consolidaría?; ¿se desvanecería más o menos rápidamente?; ¿se mantendría como un pequeño reducto condenado a la marginalidad? Hoy el margen para la especulación se ha reducido considerablemente, y parece que hayamos entrado ya en el tiempo de las valoraciones y los balances (Ibáñez, 2003, p. 156)

Ahora bien, las concepciones construccionistas, como el yo extraterritorial o la excarcelación del terapeuta, resultan un aporte inestimable para la clínica sistémica. Sin embargo, y tal como se dijo anteriormente, no pretenden ser contribuciones concluyentes o definitivas. Entonces, ¿cuál es la singularidad de estos aportes para la clínica sistémica? ¿Hay algo por sobre lo evidente? ¿Qué es lo propio o lo característico de estos aportes? Inostroza (2010), con respecto a este punto, destaca el rol integrador del construccionismo social. En sus palabras, “el construccionismo social ha permitido a la psicología integrarse realmente a las ciencias sociales, “conversar” en un lenguaje común con la sociología y la antropología, a través de esta meta teoría” (p. 3). Ibáñez (2003), por su parte, distingue el carácter meta teórico del construccionismo social, vale decir, gozaría de una perspectiva que le permite pensar el resto de las teorías. El construccionismo social, según Ibáñez (2003), ha posibilitado lo siguiente:

-el haber conseguido una permanente e incisiva sensibilidad crítica en relación a los diversos procedimientos de auto legitimación articulados por las corrientes tradicionales y dominantes de la Psicología Social (...)

-el haber forzado, ensanchándolos considerablemente, los espacios de legitimación de la propia disciplina, para así dar cabida a metodologías de investigación, a planteamientos teóricos, y a intereses investigadores que no hace tiempo habrían sido vehementemente descalificados (...)

-el haber contribuido a tornar más permeables las fronteras disciplinarias, impulsando flujos de intercambio con la Sociología, la Antropología, la Filosofía, o la Lingüística por ejemplo.

-el haber realizado aportaciones substantivas en la investigación de un amplio conjunto de fenómenos psicosociales (...) por ejemplo la identidad, la subjetividad, la discriminación o las relaciones interpersonales.

-el haber elevado el grado de sensibilidad hacia la dimensión política de las diversas prácticas, de investigación u otras, que se desarrollan en y desde la propia Psicología Social.

-El haber constituido una importante red de soportes de publicación susceptibles de acoger los textos que no encajan en los parámetros estándar de la disciplina... (p. 158)

En síntesis, la singularidad de los aportes construccionistas va más allá de un simple abanico de conceptos. Vale decir, no podemos reducir los aportes construccionistas, y sobre todo en el caso de la clínica sistémica, a la generación de nuevos conceptos teóricos. Entonces, y para efectos de este escrito, ¿cuál es la singularidad de las aportaciones construccionistas para la clínica sistémica? ¿Hay algo por sobre lo manifiesto? ¿Hay algo por sobre estos aportes?

Estas interrogantes ameritan un profundo análisis y un recorrido sumamente meticuloso. Primero, gran parte de las teorías se enfrascan en discusiones apasionadas, debates acalorados y fuertes descalificaciones, ya que, de una u otra forma, aún “existe la esperanza de hallarle un sentido a la cuestión de si un lenguaje determinado es «adecuado» para una tarea” (Rorty, 1989, p. 6) Por ejemplo, las teorías representacionistas, como se

expuso en un inicio, se jactan de ser espejos de la naturaleza o de poder asir una realidad independiente. En palabras de Rorty (1989), aún esperan que exista un lenguaje que nos permita expresar correctamente la naturaleza de los humanos o que nos permita explicitar, de una vez por todas, la estructura o la configuración de una realidad no humana. Sin embargo, esta esperanza conlleva una distorsión sumamente grave y que comúnmente pasa desapercibida. Específicamente:

En el acto de teorizar, uno traduce la experiencia en un símbolo, y la réplica conceptual inevitablemente es una distorsión de dicha experiencia. Por naturaleza, un concepto trata entidades diferentes como equivalentes, entidades que pueden variar en numerosas formas que no son reconocidas por el concepto en cuestión; cualquier sistema conceptual es por naturaleza incompleto. Adicionalmente, los conceptos encajan mal en el movimiento continuo o en estímulos de gran complejidad. Los conceptos no dan cuenta adecuada de los movimientos continuos y complicados de un bailarín de ballet o de un acróbata en acción. Debido a estas flaquezas inherentes, justificadamente podría uno permanecer suspicaz a cualquier sistema conceptual. Todas las teorías permanecen parciales, distorsionadas y sesgadas. (Gergen, 2009, p. 82)

En términos simples, el desajuste que existe entre la experiencia y los conceptos ha ocasionado, irremediablemente, que se asimilen entidades sumamente diferentes. Conjuntamente, los conceptos teóricos, gracias al anhelo representacionista, se habían cristalizado, endurecido y se asemejaban a sólidos inamovibles. Más aún, existía una “asunción acrítica de los postulados positivistas y neopositivistas” (Ibáñez, 2003, p. 156), vale decir, los postulados gozaban de un fuero teórico que los volvía incuestionables.

Sin embargo, el construccionismo social se declaró ontológicamente mudo (Gergen, 2009), vale decir, los conceptos teóricos perdieron su rango ontológico, pasaron a ser constitutivos de prácticas discursivas y a estar integrados en el lenguaje. En consecuencia, el construccionismo social, de forma revolucionaria y distintiva, fisuró los conceptos teóricos que el representacionismo había solidificado. En otras palabras, el construccionismo exhortó a las teorías a iniciar un proceso de cuestionamiento y

subversión, puesto que, tal como señala Gergen (2009), “gran parte de la teoría contemporánea carece de potencia generativa, es decir, de la capacidad de cuestionar los supuestos predominantes sobre la naturaleza de la vida social, y de brindar alternativas frescas a los patrones contemporáneos de la conducta (p. 59)

Incluso, el construccionismo propuso que las teorías podrían ser consideradas en función de su capacidad generativa. Más precisamente, por la “capacidad para retar los supuestos directrices de la cultura, formular preguntas fundamentales acerca de la vida social contemporánea, promover reconsideraciones sobre aquello que se ha “tomado por dado”, y que, por tanto, brinden nuevas alternativas para la acción social” (Gergen, 2009, p. 62).

Así pues, el construccionismo social, de forma subversiva e irreverente, instó a las teorías a socavar y a cuestionar sus propios supuestos teóricos. Este proceso subversivo adquirió el nombre de generatividad, vale decir, la capacidad de cuestionar los supuestos teóricos, de subvertirlos, de buscar alternativas y, finalmente, de construir nuevos supuestos. Con respecto a este punto, Inostroza (2010) refiere extensamente:

Al igual que la teoría crítica, el construccionismo busca lograr teorías generativas que comprendan, cuestionen y propendan a emancipar cuestiones fundamentales de la vida social contemporánea (p. 2)

Así pues, las teorías generativas son aquellas que comportan mayores cambios y modificaciones. En efecto, la teoría generativa, según Gergen (2009), “está diseñada para socavar el compromiso con los sistemas predominantes de construcción teórica y para generar nuevas opciones de acción. El criterio generativo puede producir de un modo más efectivo un cambio transformacional” (p. 83).

Sin embargo, ¿qué sucede si damos un salto de abstracción? ¿De qué forma podríamos caracterizar la generatividad? La generatividad, a ojos de este escrito, es vista como un proceso de fusión. Vale decir, el proceso en que un sólido, en este caso el supuesto teórico, se reblandece o, simplemente, pasa a un estado líquido. En efecto, cabe destacar que las aportaciones construccionistas, a pesar de su matiz revolucionario, no pretenden ser la última palabra, cerrar el debate u operar de forma irrefutable. Agudelo y

Estrada (2012), con respecto a este punto, nos recuerdan que “los argumentos de los construccionistas, en general, son contrarios a las formulaciones fijas y finales, inclusive aquellas que ellos mismos elaboran” (p. 366) En consecuencia, los supuestos teóricos, gracias a la exhortación construccionista, perdieron la firmeza y la solidez que ostentaban. Ciertamente, los cuerpos teóricos se volvieron más laxos y se abrieron a una permanente subversión.

¿Pero por qué líquido? ¿A qué apunta esta condición? La respuesta no es fácil pero se ilustra del siguiente modo: las moléculas de los líquidos, a diferencia de los sólidos, no están tan cohesionadas. Asimismo, los líquidos no mantienen su forma durante mucho tiempo. ¿Pero por qué asimilar la generatividad construccionista con un proceso de fusión, que transforma los sólidos en líquidos? Imaginemos que una teoría se reblandece y los supuestos disminuyen su nivel de cohesión, ¿qué sucedería? Primero, el distanciamiento facilitaría la revisión y la subversión de los supuestos teóricos. Segundo, el cuestionamiento ya no implicaría taladrar o perforar una teoría. Y tercero, la dilatación teórica favorecería el impulso transformacional del construccionismo, ya que impediría la solidificación del diálogo.

Entonces, ¿cuál será, en función de estos antecedentes, la singularidad de los aportes construccionistas para la clínica sistémica? ¿Qué es lo propio o lo característico de estos aportes? ¿De qué forma podríamos distinguir la aportación construccionista? Específicamente, la generatividad construccionista, mediante su efecto fusionador, exhortó a la clínica sistémica a subvertir sus dualidades comunes, a dislocar su lenguaje convencional y a articular nuevos dominios de realidad. He ahí la singularidad de los aportes construccionista, he ahí su carácter propio y distintivo. El construccionismo social, a diferencia de otras teorías, no pretende zanjar qué existe y qué no. Más aún, la singularidad de los aportes construccionistas, protagonizados por la generatividad, operan como una exhortación a conversar. Vale decir, la clínica sistémica, de ahora en adelante, se compromete con un diálogo permanente y, a la vez, se resiste a ontologizar sus propios planteamientos.

Tal como se dijo anteriormente, el aporte construccionista va más allá de un simple abanico de conceptos, ya que sus formulaciones no pretenden ser concluyentes o



definitorias. Al contrario, el aporte construccionista opera “como una invitación a bailar, a jugar o a una forma de vida” " (Gergen, 2009, p. 71). Más aún, la clínica sistémica se yergue como el principal danzarín de este baile, al cual ha sido invitada para dislocar su lenguaje convencional, desprenderse del asidero de lo que se da por sentado y, a la vez, que ofrezca nuevas imágenes y alternativas. En efecto, la clínica sistémica, gracias a la irrupción del construccionismo, pudo socavar sus compromisos con los sistemas predominantes y, por lo tanto, renunciar a la ontología común.

## **SÍNTESIS: CONFIRIENDO UN TERRITORIO Y VISUALIZANDO EL HORIZONTE**

El construccionismo social, tal como fue expuesto, fue capaz de trasladar el acento del estudio del conocimiento a la relación entre los significados sociales y, de esa forma, ofreció igualdad y tolerancia entre las diversas formas de conocimiento. Asimismo, tomó conciencia de las consecuencias que el saber tiene en la esfera práctica de los social y, por último, integró la cultura como condición ineludible en el proceso de construcción del conocimiento (López-Silva, 2013).

No obstante, y como se ha visto a lo largo de este escrito, se ha tendido a confundir y a homologar el construccionismo social con el constructivismo. Más aún, hay un sinnúmero de terapeutas y de teóricos que no son capaces de distinguir entre ambas corrientes (Zlachevsky, 2010). Así, y de una forma indeliberada, se generó la noción de un continuo epistemológico, vale decir, el construccionismo social y el constructivismo serían parte de un mismo proceso: un proceso que pone el acento sobre la construcción del conocimiento.

Sin embargo, esta noción resulta equivocada y pasa por alto las particularidades de cada enfoque. En efecto, estas particularidades no son simples detalles, al contrario, con el paso del tiempo, y si se analizan en profundidad, han constituido diferencias radicales. Por ejemplo, el constructivismo, a pesar de los cambios que ocasionó en la clínica sistémica, preservó una serie de elementos modernos y le otorgo un rango ontológico a ciertas categorías. En cambio, el construccionismo social se esforzó por trascender los vestigios modernos y, además, se comportó irreverentemente frente a sus propios planteamientos.

Al mismo tiempo, la tradición de pensamiento que antecede el construccionismo social es sumamente diferente. Más precisamente, el construccionismo se sostuvo, y se sostiene, sobre postulados de la filosofía del lenguaje, del pragmatismo y de la cibernética. El constructivismo, en cambio, se asienta sobre el evolucionismo, conserva matices cognitivos y, al igual que el construccionismo, también se sostiene sobre la cibernética.

Por otra parte, si bien el construccionismo social edificó una serie de conceptos y reformuló gran parte de la clínica sistémica, la singularidad de sus aportes no radica en este nuevo abanico conceptual. Concretamente, el construccionismo social rompió con los barrotes de la cárcel cognitiva; terminó con los procesos de autoobservación; propuso que la enfermedad es una construcción cultural; puso el carácter sistémico en el lenguaje; reivindicó lo local y lo acallado; y, por último, concibió la terapia como un proceso de generación de alternativas. Sin embargo, estas contribuciones pertenecen a un estrato teórico más bien tradicional.

La generatividad construccionista, en cambio, es una aportación que goza, en palabras de Ibáñez (2003), de un carácter metateórico. En otras palabras, la generatividad ostenta un nivel superior y está por sobre la edificación de simples conceptos. En efecto, la generatividad construccionista, entendida como un proceso fusionador, se distingue por su nivel de abstracción o, en palabras de Zlachevsky (1996), porque goza de una jerarquía conceptual diferente. Más precisamente, el común de las aportaciones construccionistas, ya sea el yo extraterritorial o el mundo en el lenguaje, se caracterizan por ser contribuciones de orden teórico y epistemológico.

La generatividad construccionista, en cambio, se distingue por ser una aportación de orden ontológico, aunque esta contribución sea un evidente mutismo. Este punto requiere de cierta agudeza para no caer en malos entendidos o confusiones. Por ello, cabe destacar que el mutismo no le resta crédito como aportación ontológica. Es más, la generatividad opera, precisamente, como una suspensión del ejercicio ontologizador y nos invita, adicionalmente, a desontologizar una serie de conceptos. Tal como refiere Gergen (2009), “una vez consciente de la contingencia cultural de mi ontología y valores, adquiero un cierto grado de humildad. Estoy preparado para un diálogo más abierto acerca de estas materias, especialmente con aquellos que no comparten mis supuestos” (p. 102)

Así, la clínica sistémica, gracias a esta cesación ontológica, adquirió un dinamismo que le permitió preservar el impulso transformacional de la disciplina. Específicamente, este dinamismo previno un nuevo agotamiento conceptual, tal como ocurrió con el constructivismo (Fruggeri, 1998); salvaguardó el diálogo entre los terapeutas; y, por último, fisuró gran parte de las certezas sistémicas.

Concretamente, la clínica sistémica, gracias a la exhortación generativa, reformuló el ejercicio de los equipos reflexivos. Específicamente, estos grupos humanos, mediante la creación dialógica, dislocaron su lenguaje convencional y vincularon sus técnicas terapéuticas con las prácticas discursivas locales. En efecto, estos grupos humanos se valieron de un impulso transformacional que modificó sus vínculos, sus descripciones, su posicionamiento y su propia experiencia. Fried (2008) explica:

Podemos denominar creación dialógica a la construcción gradual en el tiempo de algo nuevo mediante el diálogo reflexivo y el aprendizaje conversacional en grupos humanos. En el desarrollo del proceso las personas o grupos llegan a ver, experimentar, describir, vincularse y posicionarse de una manera diferente. Este enfoque centrado en los diálogos generativos considera a la creación de significado, la experiencia y el conocimiento como procesos constructivos en los que los acontecimientos específicos, los actos y episodios tienen la capacidad potencial de transformar las pautas de relación social desde su interior (p. 4).

Por consiguiente, resulta habitual que los equipos reflexivos desarticulen sus premisas, se abran a nuevas fisuras y se desmarquen de sus propias ideas. Así pues, y gracias a la generatividad constructora, cualquier premisa o supuesto terapéutico es susceptible de ser subvertido. Fried (2008) añade:

Las posibilidades creadas en una conversación generativa devienen núcleos de innovación que, una vez creados, pueden actualizarse si están basados en acciones que privilegian alternativas existenciales, y orientarse hacia la construcción de realidades novedosas y diferentes (p. 20)

Simultáneamente, los equipos reflexivos rompieron con los algunos convencionalismos terapéuticos —el terapeuta observante, tras el espejo, interventor, estratégico, contemplativo, entre otros—. Por ejemplo, el equipo reflexivo primero observa a la familia atrás del espejo, “sobre todo para no limitar la atención a una sola o pocas

ideas. Posteriormente, cuando son requeridos por los terapeutas (“equipo fijo”), entran en el consultorio para realizar sus observaciones entre ellos, “cara a cara” (Limón, 2005, p. 42). Esta nueva modalidad permite la generación de alternativas, la gestación de nuevas ideas, evita el estancamiento reflexivo y, por último, promueve la horizontalidad terapéutica.

Finalmente, y a partir de esta revisión, surgen una serie de interrogantes con respecto al futuro del construccionismo y, por ende, de la clínica sistémica. Por ejemplo, Ibáñez (2003) señala que el construccionismo social cursa por un nocivo periodo de institucionalización. Incluso, su éxito lo ha llevado, de forma impensada, a perder su impulso transformacional. Inostroza (2010), con respecto a este punto, refiere extensamente:

Esto [la institucionalización] inevitablemente le ha ido quitando su carácter emancipador, corriendo el riesgo de transformarse en una hegemonía más. Aunque esto no está tan claro aún, sí parece hacerse más patente que ha ido perdiendo su rol en la transformación social, quedándose más en la deconstrucción teórica diseminada por los canales tradicionales de la ciencia, y esforzándose menos por llegar a intervenir en la vida social cotidiana. (p. 3)

Además, lo que en algún momento fue la fortaleza del construccionismo, la flexibilidad y su apertura, se ha transformado en su mayor debilidad. Específicamente, el construccionismo social acogió una serie de formulaciones y de planteamientos que, contra todo vaticinio, originaron varios efectos problemáticos (Ibáñez, 2003). Más extensamente:

El primero, ciertamente bastante intrascendente, consiste en haber adquirido poco a poco cierta apariencia de cajón de sastre, donde casi todo tiene cabida (...) Conlleva sin embargo otros efectos más preocupantes, como son, por ejemplo, las dificultades para encarar seriamente las divergencias, y en algunos casos, las contradicciones entre los diversos planteamientos que conforman el construccionismo social (Ibáñez, 2003, p. 158)

Conjuntamente, algunos críticos cuestionan el carácter puramente lingüístico que adquirió la clínica sistémica. Por ejemplo, “encontramos la performatividad y la “teoría queer” que critican directamente el énfasis en lo lingüístico del construccionismo y resaltan las expresiones no verbales, “performances” que permiten en otras cosas construir la identidad, y especialmente la identidad sexual.” (Inostroza, 2010, p. 5).

Por otra parte, algunos críticos se preguntan qué sucede con personas que no son capaces de enunciar ninguna expresión verbal como, por ejemplo, bebés que aún no desarrollan su lenguaje y los sordomudos que carecen de tal capacidad. Estas personas, en ambos casos, no pueden hablar ni participar de las conversaciones por medio de enunciados lingüísticos (López-Silva, 2013). ¿Cómo responde el construccionismo frente a estas interrogantes? ¿Cómo conocen o cómo vivencian el mundo estas personas? Frente a estas interrogantes, López-Silva (2013) señala que, “indudablemente, nuestro conocimiento y experiencia del mundo es más que conversaciones, pero Gergen no provee una explicación plausible acerca de esto” (p. 19). Por consiguiente:

...así cómo podemos advertir tales puntos en la literatura construccionista, también podemos advertir que el antiesencialismo propuesto por el construccionismo social, no solo se fundamenta en argumentos poco claros, sino que se torna cuestionable cuando analizamos las consecuencias prácticas que enfrenta. Luego, tras este manto de tolerancia teórica y relativismo epistemológico que propone el construccionismo, se pueden advertir ciertos problemas prácticos, que se extienden en medio de la misma falta de claridad de sus argumentos fundamentales (López-Silva, 2013, p. 19)

Por ejemplo, el construccionismo plantea un sujeto que es una especie de sujeto-narrador. No obstante, el construccionismo no explica o, más bien, no clarifica cómo el sujeto comprende lo que narra, “entendiendo, que desde las ideas construccionistas, al menos debe existir un ente “que narre” o que “converse”, para que en tales actos se negocien los significados sociales” (López-Silva, 2013, p. 20). Más profundamente:

Supongamos que tal como sugiere Gergen, el sujeto deja de existir abrumado por las significaciones externas producto de la “saturación social”. Pues bien, si realmente yo no soy el que significa lo que narro (porque la sociedad lo hace y no existo sino en conversaciones externas), tal parece que, entonces, debiera existir alguna especie de entelequia encargada de entender por mí y, en consecuencia, hablo de lo que no entiendo tal como si yo fuera una terminal computacional o un autómeta (López-Silva, 2013, p. 20).

Ibáñez (2003), por último, cuestiona que algunos de los que se integran actualmente a la disciplina, se alistan en las filas construccionistas con la misma aceptación acrítica que se suscribían sus predecesores, quienes pertenecían a las corrientes dominantes de la psicología social. Así, ser partidario del construccionismo, sobre todo en la actualidad, implica acogerse a las herramientas de poder propias de una orientación dominante: publicaciones, plazas universitarias y recursos para la investigación. “Se difumina así el ímpetu crítico que animaba a quienes apostaban por construir el socioconstruccionismo desde los riesgos de una posible marginación” (Ibáñez, 2003, p. 159)

En síntesis, el construccionismo social, y por ende la clínica sistémica, enfrentan un futuro plagado de desafíos. Estos retos, aunque no lo parezcan, podrían despojar al construccionismo de su carácter subversivo y transformacional. Sucintamente, estos desafíos se traducen en las siguientes interrogantes: ¿cómo mantendrá, el construccionismo, el impulso transformacional que lo ha caracterizado?; ¿de qué forma podrá contrarrestar los costos que conlleva la institucionalización?; ¿cuáles son los límites del enfoque lingüístico?; ¿este enfoque podría comportar un eventual agotamiento teórico?; a pesar de los inestimables aportes, ¿es posible que el construccionismo constriña a la clínica sistémica?; ¿el enfoque lingüístico ha limitado en algún sentido la práctica terapéutica?.

## REFERENCIAS

- Agudelo, M. & Estrada, P. (2012) Constructivismo y construccionismo social: Algunos puntos comunes y algunas divergencias de estas corrientes teóricas. *Prospectiva*, (17), 353-378.
- Anderson, H. (1999) *Conversación, lenguaje y posibilidades*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Anderson, H & Goolishian, H. (1992). *The Clients is the Expert: A Not-Knowing Approach to Therapy*. En McNamees, S. y Gergen, K. (Eds.), *Therapy as Social Construction* (pp. 45-59). Londres, NewBury Park- New Delhi: Sage Publication.
- Arnold, M. (1997) Introducción a las epistemologías sistémico/constructivistas. *Cinta de Moebio. Revista Electrónica de Epistemología de las Ciencias Sociales*, (2), 88-95.
- Bajtín, M. (1999) *Estética de la creación verbal*. México D.F., México: Siglo Veintiuno Ediciones.
- Bateson, G. (1972). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires, Argentina: Carlos Lohlé.
- Bateson, G. (1993). *Espíritu y naturaleza*. Argentina, Buenos Aires: Amorrortu.
- Bertalanffy, L. (1976). *Teoría general de sistemas*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Botella, L. & Vilaregut, A. (2012). *La perspectiva sistémica en terapia familiar: Conceptos básicos, investigación y evolución*. Barcelona, España: Universitat Ramon Llull.
- Brunet, I & Morell, A. (2001) *Epistemología y Cibernética*. *Revista Sociológica*, (65), 31-45.
- Camacho, J (2006) *Panorámica de la terapia sistémica {Versión PDF}*. Recuperado de <http://www.fundacionforo.com/pdfs/archivo33.pdf>
- Camejo, A. (2006). *La epistemología constructivista en el contexto de la post-modernidad*. *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad Complutense*, (14), 1-8.
- Cibanal, L (2006) *Introducción a la sistémica y a la terapia familiar*. Alicante, España: Editorial Club Universitario.
- Collin, F. (1997) *Social Reality*. Londres, Inglaterra.: Editorial Routledge.
- Dewey, J. (2008) *El arte como experiencia*. Barcelona, España: Paidós.



- Duero, D. & Shapoff, V. (2009). El conflicto nosológico en psicopatología: notas críticas sobre el diagnóstico psiquiátrico. *Revista CES Psicología*, 2 (2), 22.
- Eagleton, T. (1996) *The Illusions of Postmodernism*. Oxford, England: Blackwell Publishing.
- Feixas, G., Muñoz, D., Compañ, V. & Montesano, A. (2012.) *El modelo sistémico en intervención Familiar*. Barcelona, España: Universitat de Barcelona.
- Filgueiras, J. (2010) Representación y representacionalismo en Richard Rorty. En *Compiladores Labastida, J. & Aréchiga, V. (Eds.), Identidad y diferencia (227-241)*. España: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1999) *Estética, ética y hermenéutica*. España, Barcelona: Paidós.
- Fried, D. (2008) Diálogos generativos. En, G. Rodríguez (Comp.), *Diálogos Apreciativos: el socioconstruccionismo en acción* (pp. 17 – 48). País Vasco: Editorial Dykinson.
- Fried, D (2013) Prácticas dialógicas generativas en el trabajo con familias. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, (5), 127-159.
- Fruggeri, L. (1998) Del constructivismo al construccionismo social: implicaciones teóricas y terapéuticas. *Psicobiattivo*, 18 (1), 37-48.
- García, E. (2007). *Primera Ponencia, Teoría de la Mente y Ciencias Cognoscitivas. Nuevas perspectivas científicas y filosóficas sobre el ser humano*. España, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Gergen, K. (1996) *La terapia como construcción social: dimensiones, deliberaciones y divergencias* {Versión PDF}. Recuperado de [http://www.swarthmore.edu/sites/default/files/assets/documents/kenneth-gergen/LA\\_TERAPIA.pdf](http://www.swarthmore.edu/sites/default/files/assets/documents/kenneth-gergen/LA_TERAPIA.pdf)
- Gergen, K. (2009). *Construccionismo social: aportes para el debate y la práctica*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes.
- Gergen, K. (2009). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la Construcción Social*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Gergen, K (Productor), & Gergen, K (Director), (2010) *Kenneth Gergen talks about Social Constructionist Ideas, Theory and Practice*. E.E. U.U.: The Taos Institute.
- Gosende, E. (2001). Entre construccionismo social y realismo ¿atrapado sin salida? *Subjetividad y procesos cognitivos*, 1, 104-127

- Heidegger, M. (1951) Construir, habitar y pensar {Versión PDF}. Recuperado de <http://www.farq.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf>
- Hoffman, L. (1991) Una postura reflexiva para la terapia familiar {Versión PDF}. Recuperado de <http://www.buenastareas.com/materias/una-postura-reflexiva-para-la-terapia-familiar-lynn-hoffman/0>
- Hoffman, L. (1992) Fundamentos de la terapia familiar: un marco conceptual para el cambio de sistemas. México, D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Ibáñez, T. (2003) La construcción social del construccionismo social: retrospectiva y perspectivas. *Política y Sociedad*, 40, 155-160
- Inostroza, C. (2010) Construccinismo y post construccionismo {Versión PDF}. <http://www.cipra.cl/documentos/Construccinismo-InostrozaRovegno.pdf>
- Izuzquiza, Ignacio (2006) Constructivismo, cibernética y teoría de la observación. Notas para una propuesta teórica. *Enseñanza de las Ciencias Sociales*, 5, 107-114.
- Jubés, E., Laso, E. & Ponce, A. (2000). Constructivismo y Construccinismo: dos extremos de la cuerda floja {Versión PDF}. Recuperado de <http://psicologiaenpositivo.com/pdfs/constructivismo-construccinismo.pdf>
- Limón, G. (2005) Terapias postmodernas. México: Editorial Pax.
- López-Silva, P. (2013) Realidades, Construcciones y Dilemas. Una revisión filosófica al construccionismo social. *Cinta de Moebio*, (46), 9-25
- López, R. (2010) Para una conceptualización del constructivismo. *Revista Mad*, (23), 25-30
- Maturana, H. & Varela, F. (2009). El árbol del conocimiento. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Minuchin, S. (1998) El arte de la terapia familiar. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Nietzsche, F. (1970). Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, En *Obras Completas* vol. I (pp.543-556). Buenos Aires: Ediciones Prestigio.
- Pearce, B. (1994). Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: el pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. En D. Fried Schnitman edtr., *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad* (pp. 265-283). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Rorty, R. (1983). La filosofía y el espejo de la naturaleza. {Versión PDF}. Recuperado de: <http://ebookbrowse.com/62210491-la-filosofia-y-el-espejo-de-la-naturaleza-pdf-d293785576>

- Rorty, R. (1989) Contingencia, ironía y solidaridad. {Versión PDF}. Recuperado de <http://www.raularagon.com.ar/biblioteca/libros/Rorty,%20Richard%20-%20Contingencia,%20iron%EDa%20y%20solidaridad%20%5Bcap%EDtulos%201%20y%202%5D.pdf>
- Rorty, R. (1996). Objetividad, relativismo y verdad. España, Barcelona: Paidós
- Sandoval, J (2010) Construccinismo, conocimiento y realidad: una lectura crítica desde la Psicología Social. Rev. Mad., (23), 31-37.
- Seguí, J. & Olivé, S. (Julio, 2012) Socioconstruccionismo, Terapia Reflexiva Sistémica, Intervención Acción Generativa y Micropolítica y Poética. Propuestas de investigación en personas estigmatizadas: esquizofrenia y trastornos de la alimentación. XVIII Congreso Europeo de Psicoterapia. Valencia.
- Shotter, J. (1993). El lenguaje y la construcción del sí mismo. En Compilador Pakman, M. (Eds.), Construcciones de la experiencia humana (pp. 213-260). España: Gedisa.
- Varela, F. (2005). Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales. España: Gedisa.
- Villarreal, J. M. (Noviembre, 2011). Terapias sistémicas: Su soporte epistemológico a partir de la segunda cibernética. 3er Congreso Internacional de Investigación, La Plata. Recuperado de [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.1457/ev.1457.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1457/ev.1457.pdf)
- Voloshinov, V. (1973) Marxism and the Philosophy of Language. L. Matejka & I.R. Titunik (Trad.). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Von Glasersfeld, E. (1981) Introducción al Constructivismo Radical. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/56557330/Ernst-von-Glasersfeld-Introduccion-al-Constructivismo-Radical>
- Von Foerster, H (1991). Las Semillas de la Cibernética. Barcelona. España: Gedisa.
- White, M. y Epston, D. (1993) Medios narrativos para fines terapéuticos. Barcelona. España: Paidós.
- Wittgenstein, L. (1918) Tractatus logico-philosophicus. {Versión PDF}. Recuperado de [http://www.ub.edu/procol/sites/default/files/Wittgenstein\\_Tractatus\\_logico\\_philosophicus.pdf](http://www.ub.edu/procol/sites/default/files/Wittgenstein_Tractatus_logico_philosophicus.pdf)
- Wittgenstein, L. (1958). Investigaciones filosóficas. Barcelona. España: Ediciones Altaya.
- Zlachevsky, A. (1996) Tendencias y Megatendencias: Una mirada Constructivista en Psicoterapia. Revista Chilena de Psicología Clínica, 6 (26), 1-12

- Zlachevsky, A. (2003). Psicoterapia sistémica centrada en narrativas: una aproximación. *Revista universitaria Límite*, 10, 47-64
- Zlachevsky, A. (2010). Una invitación a pensar lo ontológico en la psicoterapia conversacional. En Clavijo, C. Editor., *Cuadernos de Postgrado en Psicología U. V.* (86-104), Valparaíso, Chile: Dirección de Postgrado de la Escuela de Psicología de la Universidad de Valparaíso.
- Zlachevsky, A. (2012). Constructividad y Razón Narrativa: bases para operar en terapia narrativa. *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 21 (2), 237-259.